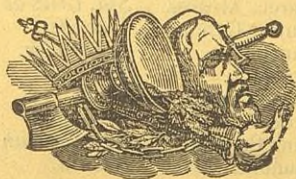


5080 N. 695. 2000
EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

LOS AMANTES DE TERUEL,

DRAMA EN CUATRO ACTOS, EN VERSO Y PROSA.



1793
MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.

1959.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: libreria de Cuesta, calle de Carretas, n. 9.

PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	<i>Perez.</i>	<i>Motril.</i>	<i>Ballesteros.</i>
<i>Alcoy.</i>	<i>V. de Marti é hijos.</i>	<i>Manzanares.</i>	<i>Acebedo.</i>
<i>Algeciras.</i>	<i>Almenara.</i>	<i>Mondoñedo.</i>	<i>Delgado.</i>
<i>Alicante.</i>	<i>Ibarra.</i>	<i>Orense.</i>	<i>Robles.</i>
<i>Almeria.</i>	<i>Alvarez.</i>	<i>Oviedo.</i>	<i>Palacio.</i>
<i>Aranjuez.</i>	<i>Prado.</i>	<i>Osuna.</i>	<i>Montero.</i>
<i>Avila.</i>	<i>Rico.</i>	<i>Palencia.</i>	<i>Gutierrez é hijos.</i>
<i>Badajoz.</i>	<i>Orduña.</i>	<i>Palma.</i>	<i>Gelabert.</i>
<i>Barcelona.</i>	<i>Viuda de Mayol.</i>	<i>Pamplona.</i>	<i>Barrena.</i>
<i>Bilbao.</i>	<i>Astuy.</i>	<i>Palma del Rio.</i>	<i>Gamero.</i>
<i>Burgos.</i>	<i>Hervias.</i>	<i>Pontevedra.</i>	<i>Cubeiro.</i>
<i>Cáceres.</i>	<i>Valiente.</i>	<i>Puerto de Santa</i>	
<i>Cádiz.</i>	<i>V. de Moraleda.</i>	<i>Maria.</i>	<i>Valderrama.</i>
<i>Castrou^uiales.</i>	<i>Saenz Falceto.</i>	<i>Puerto-Rico.</i>	<i>Marquez.</i>
<i>Córdoba.</i>	<i>Lozano.</i>	<i>Reus.</i>	<i>Prins.</i>
<i>Cuenca.</i>	<i>Mariana.</i>	<i>Ronda.</i>	<i>Gutierrez.</i>
<i>Castellon.</i>	<i>Gutierrez.</i>	<i>Sanlucar.</i>	<i>Esper.</i>
<i>Ciudad-Real.</i>	<i>Arellano.</i>	<i>S. Fernando.</i>	<i>Meneses.</i>
<i>Coruña.</i>	<i>García Alvarez.</i>	<i>Sta. Cruz de Te-</i>	
<i>Cartagena.</i>	<i>Muñoz Garcia.</i>	<i>nerife.</i>	<i>Ramirez.</i>
<i>Chiclana.</i>	<i>Sanchez.</i>	<i>Santander.</i>	<i>Laparte.</i>
<i>Ecija.</i>	<i>García.</i>	<i>Santiago.</i>	<i>Escribano.</i>
<i>Figueras.</i>	<i>Conte Lacoste.</i>	<i>Soria.</i>	<i>Rioja.</i>
<i>Gerona.</i>	<i>Dorca.</i>	<i>Segovia.</i>	<i>Alonso.</i>
<i>Gijon.</i>	<i>Sanz Crespo.</i>	<i>S. Sebastian.</i>	<i>Garralda.</i>
<i>Granada.</i>	<i>Zamora.</i>	<i>Sevilla.</i>	<i>Alvarez y Comp.</i>
<i>Guadalajara.</i>	<i>Oñana.</i>	<i>Salamanca.</i>	<i>Huebra.</i>
<i>Habana.</i>	<i>Charlainy Fernz.</i>	<i>Segorbe.</i>	<i>Clavel.</i>
<i>Haro.</i>	<i>Quintana.</i>	<i>Tarragona.</i>	<i>Aymat.</i>
<i>Huelva.</i>	<i>Osorno.</i>	<i>Toro.</i>	<i>Tejedor.</i>
<i>Huesca.</i>	<i>Guillen.</i>	<i>Toledo.</i>	<i>Hernandez.</i>
<i>Jaen.</i>	<i>Idalgo.</i>	<i>Teruel.</i>	<i>Castillo.</i>
<i>Jerez.</i>	<i>Bueno.</i>	<i>Tuy.</i>	<i>Martz. dela Cruz.</i>
<i>Leon.</i>	<i>Viuda de Miñon.</i>	<i>Talavera.</i>	<i>Castro.</i>
<i>Lérda.</i>	<i>Zara y Suarez.</i>	<i>Valencia.</i>	<i>Moles.</i>
<i>Lugo.</i>	<i>Pujol y Masia.</i>	<i>Valladotid.</i>	<i>Hernainz.</i>
<i>Lorca.</i>	<i>Delgado.</i>	<i>Vitoria.</i>	<i>Galindo.</i>
<i>Logroño.</i>	<i>Verdejo.</i>	<i>Villanueva y Gel-</i>	
<i>Loja.</i>	<i>Cano.</i>	<i>trú.</i>	<i>Magin Beltran y</i>
<i>Málaga.</i>	<i>Cañavate.</i>		<i>compañia.</i>
<i>Mataró.</i>	<i>Abadal.</i>	<i>Ubeda.</i>	<i>Treviño.</i>
<i>Murcia.</i>	<i>Hermanos de An-</i>	<i>Zamora.</i>	<i>Calamita.</i>
	<i>drión.</i>	<i>Zaragoza.</i>	<i>V. Andrés.</i>

47-5

47-5143

LOS AMANTES DE TERUEL,

DRAMA REFUNDIDO

EN CUATRO ACTOS EN VERSO Y PROSA,

DE

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

SEGUNDA EDICION.



MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1858.

PERSONAS.

JUAN DIEGO MARTINEZ GARCÉS DE MARCILLA Ó MARSILLA.

ISABEL DE SEGURA.

DOÑA MARGARITA.

ZULIMA.

DON RODRIGO DE AZAGRA.

DON PEDRO DE SEGURA.

DON MARTIN GARCÉS DE MARSILLA.

TERESA.

ADEL.

OSMIN.

Soldados micos, cautivos, damas, caballeros, pajes, criados, criadas.

El primer acto pasa en Valencia, y los demas en Teruel.
Año de 1217.

Este drama es propiedad de D. Alonso Gullon, editor de la coleccion de obras dramáticas y líricas titulada EL TEATRO, el cual perseguirá al que lo reimprima ó represente en cualquiera teatro sin su autorización, con arreglo á la ley de propiedad literaria. Los derechos de representacion en los teatros de la corte pertenecen al autor del drama, quien podrá tambien imprimirlo en coleccion de sus obras.

ACTO PRIMERO.

Dormitorio morisco en el alcázar de Valencia. A la derecha del espectador una cama, junto al proscenio; á la izquierda, una ventana con celosías y cortinajes. Puerta grande en el fondo y otras pequeñas á los lados.

ESCENA PRIMERA.

ZULIMA, ADEL; JUAN DIEGO MARSILLA, adormecido en la cama: sobre ella un lienzo con letras de sangre.

ZULIMA. No vuelve en sí.

ADEL. Todavía

tardará mucho en volver.

ZULIMA. Fuerte el narcótico ha sido.

ADEL. Poco há se lo administré.—

Dígnate de oír, señora,
la voz de un súbdito fiel,
que orillas de un precipicio
te ve colocar el pié.

ZULIMA. Si disuadirme pretendes,
no te fatigues, Adel.

Partir de Valencia quiero,
y hoy, hoy mismo partiré.

ADEL. ¿Con ese cautivo!

ZULIMA. Tú
me has de acompañar con él.

ADEL. ¿Así al esposo abandonas?

Un Amir, señora, un Rey!

ZULIMA. Ese Rey, al ser mi esposo,
me prometió no tener
otra consorte que yo.
Lo ha cumplido? Ya lo ves.
A traerme una rival
marchó de Valencia ayer.
Libre á la nueva sultana
mi puesto le dejaré.

ADEL. Considera...

ZULIMA. Está resuelto.

El renegado Zaen,
el que aterra la comarca
de Albarracin y Teruel,
llamado por mí ha venido,
y tiene ya en su poder
casi todo lo que yo
de mis padres heredé,
que es demas para vivir
con opulencia los tres.

De la alcazaba saldremos
á poco de anochecer.

ADEL. Y ese cautivo, señora,
te ama? Sabes tú quién es?

ZULIMA. Es noble, es valiente, en una

mazmorra iba á perecer
de enfermedad y de pena,
de frio, de hambre y de sed:
yo le doy la libertad,
riquezas, mi mano: ¿quién
rehusa estos dones? Oh!

si ofendiera mi altivez
con una repulsa, caro
le costara su desden
conmigo. Tiempo hace ya
que este acero emponzoñé,
furiosa contra mi alevé
consorte Zeit Abenzeit:
quien es capaz de vengarse
en el príncipe, también
escarmentara al esclavo,
como fuera menester.

ADEL. ¿Qué habrá escrito en ese lienzo

con su sangre? Yo no sé leer en su idioma; pero puedo llamar á cualquier cautivo...

ZULIMA. Él nos lo dirá, yo se lo preguntaré.

ADEL. ¿No fuera mejor hablarle yo primero, tú despues?

ZULIMA. Le voy á ocultar mi nombre: ser Zoraida fingiré, hija de Mervan.

ADEL. Mervan! ¿Sabes que ese hombre sin ley conspira contra el Amir?

ZULIMA. A él le toca defender su trono, en vez de ocuparse, contra la jurada fe, en devaneos que un dia lugar á su ruina den. Mas Ramiro no recobra los sentidos: buscaré un espíritu á propósito... (Váse.)

ESCENA II.

OSMIN, por una puerta lateral. — ADEL, MARSILLA.

OSMIN. Se fué Zulima?

ADEL. Se fué.

Tú nos habrás acechado.

OSMIN. He cumplido mi deber.

Al ausentarse el Amir,

con este encargo quedé.

Es más cauto nuestro dueño

que esa liviana mujer. —

El lienzo escrito con sangre, dónde está?

ADEL. Allí. (Señalando la cama.)

OSMIN. Venga.

ADEL. Ten.

(Le da el lienzo y Osmín lee.)

Mira si es que dice, ya

que tú lo sabes leer,
dónde lo pudo escribir;
porque en el encierro aquel
apenas penetra nunca
rayo de luz: verdad es
que rotas esta mañana
puerta y cadenas hallé:
debió, después de romperlas,
el subterráneo correr,
y hallando el lienzo...

OSMIN. (Asombrado de lo que ha leído.) Es posible!

ADEL. Qué cosa?

OSMIN. Oh, vasallo infiel!

Avisar al Rey es fuerza,
y al pérfido sorprender.

ADEL. Es éste el pérfido? (Señalando á Marsilla.)

OSMIN. No;

ese noble aragonés
hoy el salvador será
de Valencia y de su Rey.

ADEL. Zulima viene.

OSMIN. Silencio

con ella, y al punto ve

á buscarme. (Vase.)

ADEL. Norabuena.

Así me harás la merced
de explicarme lo que pasa.

ESCENA III.

ZULIMA. — ADEL, MARSILLA.

ZULIMA. Déjame sola.

ADEL. Está bien. (Vase.)

ESCENA IV.

ZULIMA, MARSILLA.

ZULIMA. Su pecho empieza á latir
más fuerte; así que perciba...

(Aplicale un pomito á la nariz.)

MARSILLA. Ah!

ZULIMA. Volvió.

MARSILLA. (Incorporándose.) Qué luz tan viva!
No la puedo resistir.

ZULIMA. (Corriéndolas cortinas de la ventana.)
De aquella horrible mansion
está á las tinieblas hecho.

MARSILLA. No es esto piedra, es un lecho.
¿Qué ha sido de mi prision!

ZULIMA. Mira este albergue despacio,
y abre el corazon al gozo.

MARSILLA. Señora!... (Reparando en ella.)

ZULIMA. Tu calabozo
se ha convertido en palacio.

MARSILLA. Dí (porque yo no me explico
milagro tal), dí, qué es esto?

ZULIMA. Que eras esclavo, y que presto
vas á verte libre y rico.

MARSILLA. Libre! Oh divina clemencia!

ZULIMA. Y ¿á quién debo tal favor?

ZULIMA. ¿Quién puede hacerle mejor
que la Reina de Valencia?

Zulima te proporciona

la sorpresa que te embarga

dulcemente: ella me encarga

que cuide de tu persona:

y desde hoy ningun afán

permitiré que te aflija.

MARSILLA. Eres?...

ZULIMA. Dama suya, hija

del valeroso Mervan.

MARSILLA. ¿De Mervan! (Aparte. Ah! qué recuerdo!)

(Busca y recoge el lienzo.)

ZULIMA. Qué buscas tan azorado?

Ese lienzo ensangrentado?

MARSILLA. (Aparte. Si ésta lo sabe, me pierdo.)

ZULIMA. Qué has escrito en él?

MARSILLA. No vale

esto dirigido á tí;

es para el Rey.

ZULIMA. No está aquí.

MARSILLA. Para la Reina será.

Haz pues que á mi bienhechora

vea: por Dios te lo ruego.
ZULIMA. Conocerás aquí luégo á la Reina tu señora.
MARSILLA. Oh!...
ZULIMA. No estés con inquietud.
 Olvida todo pesar:
 trata sólo de cobrar
 el sosiego y la salud.
MARSILLA. Defienda pródigo el cielo
 y premie con altos dones
 los piadosos corazones
 que dan al triste consuelo.
 Tendrá Zulima, tendrás
 tú siempre un cautivo en mí:
 hermoso es el bien por sí,
 pero en una hermosa, más.
 Ayer, hoy mismo, ¿cuál era
 mi suerte! Sumido en honda
 cárcel, estrecha y hedionda,
 sin luz, sin aire siquiera;
 envuelto en infecta nube
 que húmedo engendra el terreno;
 paja corrompida, cieno
 y piedras por cama tuve.
 —Hoy... si no es esto soñar,
 torno á la luz, á la vida,
 y espero ver la florida
 márgen del Guadalaviar,
 allí donde alza Teruel,
 señoreando la altura,
 sus torres de piedra oscura
 que están mirándose en él.
 No es lo más que me redima
 la noble princesa mora:
 el bien que me hace, lo ignora
 aún la propia Zulima.
ZULIMA. Ella siempre algun misterio
 supuso en tí, y así espera
 que me des noticia entera
 de tu vida y cautiverio.
 Una vez que en tu retiro
 las dos ocultas entramos,

te oímos... y sospechamos
 que no es tu nombre Ramiro.
 MARSILLA. Mi nombre es Diego Marsilla,
 y cuna Teruel me dió,
 pueblo que ayer se fundó
 y es hoy poderosa villa,
 cuyos muros, entre horrores
 de lid atroz levantados,
 fueron con sangre amasados
 de sus fuertes pobladores.
 Yo creo que al darme ser
 quiso formar el Señor,
 modelos de puro amor,
 un hombre y una mujer,
 y para hacer la igualdad
 de sus afectos cumplida,
 les dió un alma en dos partida,
 y dijo: Vivid y amad.
 Al son de la voz creadora
 Isabel y yo existimos,
 y ambos los ojos abrimos,
 en un día y una hora.
 Desde los años más tiernos
 fuimos ya finos amantes;
 desde que nos vimos... antes
 nos amábamos de vernos;
 porque el amor principió
 á enardecer nuestras almas
 al contacto de las palmas
 de Dios cuando nos crió;
 y así fué nuestro querer,
 prodigioso en niña y niño,
 encarnacion del cariño
 anticipado al nacer,
 seguir Isabel y yo, al
 al triste mundo arribando,
 seguir con el cuerpo amando
 como el espíritu amó.
 ZULIMA. Inclination tan igual
 sólo dichas pronostica.
 MARSILLA. Soy pobre, Isabel es rica.
 ZULIMA. (Aparte. Respiro.)

MARSILLA. Tuve un rival.

ZULIMA. Sí?

MARSILLA. Y opulento.

ZULIMA. Y bien...

MARSILLA. Hizo

alarde de su riqueza...

ZULIMA. Y qué? ¿rindió la firmeza
de Isabel?

MARSILLA. Es poco hechizo
el oro para quien ama.

Su padre, sí, deslumbrado...

ZULIMA. ¿Tu amor dejó desairado,
privándote de tu dama?

MARSILLA. Le vi, mi pasión habló
su fuerza exhalando toda,
y, suspendida la boda,
un plazo se me otorgó,
para que mi esfuerzo activo
juntara un caudal honrado.

ZULIMA. Es ya el término pasado?

MARSILLA. Señora, ya ves... aún vivo.

Seis años y una semana

me dieron: los años ya

se cumplen hoy; cumplirá

el primer día mañana.

ZULIMA. Sigue.

MARSILLA. Un adiós á la hermosa

dí, que es de mis ojos luz,

y combatí por la cruz

en las Navas de Tolosa.

Gané con brioso porte

crédito allí de guerrero;

luego, en Francia, prisionero

caí del Conde Monforte.

Huí, y en Siria un frances

albigense, refugiado,

á quien había salvado

la vida junto á Besiés,

me dejó, al morir, su herencia:

volviendo con fama y oro

á España, pirata moro

me apresó y trajo á Valencia.

Y en pena de que rompió
de mis cadenas el hierro
mi mano, profundo encierro
en vida me sepultó,
donde mi extraño custodio
sin dejarse ver ni oír,
me prolongaba el vivir,
ó por piedad ó por odio.
De aquel horrendo lugar
me sacais: bella mujer,
sentir sé y agradecer:
dí cómo podré pagar.

ZULIMA.

No borres de tu memoria
tan debido ofrecimiento,
y haz por escuchar atento
cierta peregrina historia.
Un jóven aragonés
vino cautivo al serrallo:
sus prendas y nombre callo;
tú conocerás quién es.
Toda mujer se lastima
de ver padecer sonrojos
á un noble: puso los ojos
en el esclavo Zulima,
y férvido amor en breve
nació de la compasion:
aquí es brasa el corazon;
allá entre vosotros, nieve.

Quiso aquel jóven huir;
fué desgraciado en su empeño:
le prenden, y por su dueño
es condenado á morir.
Pero en favor del cristiano
velaba Zulima: ciega,
loca, le salva;—más, llega
á brindarle con su mano.
Respuesta es bien se le dé
en trance tan decisivo:
habla tú por el cautivo;
yo por la Reina hablaré.

MARSILLA.

Ni en desgracia ni en ventura
cupó en mi lenguaje dolo.

- Este corazon es sólo para Isabel de Segura:
Medita, y concederás al tiempo lo que reclama:
Sabes tú si es fiel tu dama?
Sabes tú si la verás?
- MARSILLA. Me matara mi dolor,
si fuera Isabel perjura:
mi constancia me asegura
la firmeza de su amor.
Con espíritu gallardo,
si quereis, daré mi vida:
dada el alma y recibida,
fiel al dueño se la guardo.
- ZULIMA. Mira que es poco prudente
burlar á tu soberana,
que tiene sangre africana,
y ama y odia fácilmente.
Y si ella sabe que cuando
yo su corazon te ofrezco,
por ella el dolor padezco
de ver que le estás pisando;
volverás á tus cadenas
y á tu negro calabozo,
y allí yo, con alborozo,
que más encone tus penas,
la nueva te llevaré
de ser Isabel esposa.
- MARSILLA. Y en prision tan horrosa,
cuántos dias viviré?
- ZULIMA. Rayo del cielo! el traidor
cuanto fabrico derrumba:
defendido con la tumba,
se ríe de mi furor.
Trocarás la risa en llanto:
Cautiva desde Teruel
me han de traer á Isabel.
- MARSILLA. ¿Quién eres tú para tanto!
- ZULIMA. Tiembla de mí.
- MARSILLA. Furia vana.
- ZULIMA. Insensato! La que ves,
no es hija de Mervan, es

- Zulima.
Tú la Sultana!
- MARSILLA.
ZULIMA.
MARSILLA.
Toma, con eso
(Dándole el lienzo ensangrentado.)
correspondo á tu afición:
entrega sin dilacion
á hombre de valor y seso
el escrito que te doy.
Sálvete su diligencia.
- ZULIMA.
MARSILLA.
Cómo! Qué riesgo?...
A Valencia
tu esposo ha de llegar hoy;
y en llegando, tú y él y otros
al sedicioso puñal
pereceis.
- ZULIMA.
MARSILLA.
¿Qué desleal
conspira contra nosotros!
Mervan, tu padre supuesto.
Si tu cólera no estalla,
mi labio el secreto calla,
y el fin os llega funesto.
- ZULIMA.
MARSILLA.
¿Cómo tal conjuración
á tí?...
Frenético ayer,
la puerta pude romper
de mi encierro: la prision
recorro, oigo hablar, atiendo...
—Junta de alevos impía
era, Mervan presidia.—
Allí supe que volviendo
á este alcázar el Amir,
trataban de asesinarle.
Resuélvome á no dejarle
pérfidamente morir,
y con roja tinta humana
y un pincel de mi cabello
la trama en un lienzo sello,
y el modo de hacerla vana.
Poner al siguiente dia
pensaba el útil aviso
en la cesta que el preciso

sustento me conducía.

Vencióme tenaz modorra,

más fuerte que mi cuidado:

desperté maravillado,

fuera ya de la mazmorra.

Junta pues tu guardia, pon

aquí un acero, y que venga

con todo el poder que tenga

contra tí la rebelion.

ZULIMA. Dé á la rebelion castigo

quien tema por su poder;

no yo, que al anochecer

huir pensaba contigo.

Poca gente, pero brava,

que al marchar nos protegiera,

sumisa mi voz espera

escondida en la alcazaba.

Con ellos entre el rebato

del tumulto, partiré;

con ellos negociaré

que me venguen de un ingrato.

Teme la cuchilla airada

de Zaen el bandolero;

tiembla más que de su acero,

de esta daga envenenada.

¡Ay del que mi amor trocó

en frenesí rencoroso!

¡Nunca espere ser dichoso

quien de celos me mató!

MARSILLA. Zulima! .. Señora!...

(Váse Zulima por la puerta del fondo y cierra por dentro.)

ESCENA V.

OSMIN.—MARSILLA.

OSMIN.

Baste

de plática sin provecho.

Al Rey un favor has hecho:

acaba lo que empezaste.

MARSILLA. Cómo! tú?...

OSMIN.

El lienzo he leído

que al Rey dirigiste: allí
le ofreces tu brazo.

MARSILLA.

Sí,

armas y riesgo le pido.

OSMIN. ¡

Pues bien, dos tropas formadas
con los cautivos están:

serás el un capitán,
el otro Jaime Celladas.

MARSILLA.

Jaime está aquí! Es mi paisano,
es mi amigo.

OSMIN.

Si hay combate,

así tendrá su rescate
cada cautivo en la mano.

Con ardimiento lidiad.

MARSILLA.

¿Quién, de libertad sediento,

no lidia con ardimiento

al grito de libertad!

OSMIN.

Cuanto á Zulima...

MARSILLA.

Tambien

libre ha de ser.

OSMIN.

No debiera;

pero llévesela fuera

de nuestro reino Zaen.

ESCENA VI.

ADEL, SOLDADOS MOROS —MARSILLA, OSMIN.

ADEL.

Osmín, á palacio van
turbas llegando en tumulto,
y Zaen que estaba oculto,
sale aclamando á Mervan.
Zulima nos ha vendido.

OSMIN.

Ya no hay perdón que le alcance.

MARSILLA.

Después de correr el lance,
se dispondrá del vencido.

Cuando rueda la corona
entre la sangre y el fuego,
primero se triunfa, luego...

OSMIN.

Se castiga.

MARSILLA.

Se perdona.

VOC. DENT. Muera el tirano!

MARSILLA. Mi espada!
mi puesto!

OSMIN. Ven, ven á él.
Guarda el torreón, Adel.

ADEL. Ten tu acero. (Dásele á Marsilla.)

MARSILLA. Arma anhelada!
Mi diestra te empuña ya!
Ella al triunfo te encamina.
Rayo fué de Palestina,
rayo en Valencia será.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Ternel.—Sala en casa de Don Pedro Segura.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, entrando en su casa; MARGARITA, ISABEL y TERESA, saliendo á recibirle.

MARGARITA. Esposo! (Arrodillándose.)

ISABEL. Padre! (Arrodillándose.)

TERESA. Señor!

PEDRO. Hija! Margarita! Alzad.

ISABEL. Dadme á besar vuestra mano.

MARGARITA. Déjame el suelo besar
que pisas.

TERESA. (A Margarita.) Vaya, señora,
ya es vicio tanta humildad.

PEDRO. Pedazos del corazón,
no es ese vuestro lugar.
Abrazadme. (Levanta y abraza á las dos.)

TERESA. Así me gusta.
Y á mí luego.

PEDRO. Ven acá,
fiel Teresa.

TERESA. Fiel y franca,
tengo en ello vanidad.

PEDRO. Ya he vuelto por fin.

MARGARITA.

Dios quiso

mis plegarias escuchar.

PEDRO.

Gustoso á Monzon partí,
comisionado especial
para ofrecer á Don Jaime
las tropas que alistaré
nuestra villa de Teruel
en defensa de la paz,
que Don Sancho y Don Fernando
nos quieren arrebatár:
fué Don Rodrigo de Azagra,
obsequioso y liberal,
acompañándome al ir,
y me acompaña al tornar;
mas yo me acordaba siempre
de vosotras con afán.
Triste se quedó Isabel;
más triste la encuentro.

TERESA.

¡Ya!

MARGARITA. Teresa!

ISABEL. Padre!

PEDRO.

Hija mía,

díme con sinceridad

lo que ha pasado en mi ausencia.

TERESA.

Poco tiene que contar.

MARGARITA. Teresa!

TERESA.

Digo bien. ¿Es

por ventura novedad

que Isabel suspire, y vos (A Margarita)

receis, y ayuneis á pan

y agua, y os andeis curando

enfermos por caridad?

Es la vida que traeis,

lo ménos, quince años há.

MARGARITA. Basta.

TERESA.

Y hace seis cumplidos

que no se ha visto asomar

en los labios de Isabel

ni una sonrisa fugaz.

ISABEL.

(Aparte. Ay, mi bien!)

TERESA.

En fin, señor,

del pobrecillo Don Juan

Diego de Marsilla, nada
se sabe.

MARGARITA. Si no callais,
venid conmigo.

TERESA. Ir con vos
fácil es; pero callar...

(Vánse Margarita y Teresa. Don Pedro se quita la espada y
la pone sobre un bufete.)

ESCENA II.

DON PEDRO, ISABEL.

PEDRO. Mucho me aflige, Isabel,
tu pesadumbre tenaz;
pero, por desgracia, yo
no la puedo remediar.
Esclavo de su palabra
es el varon principal;
tengo empeñada la mia,
la debo desempeñar.

En el honor de tu padre
no se vió mancha jamás:
juventud honrada pide
más honrada ancianidad.
No pretendo yo...

ISABEL.

PEDRO.

Por otra
parte, parece que están
de Dios ciertas cosas. Oye
un lance bien singular,
y dí si no tiene traza
de caso providencial.

ISABEL.

PEDRO.

En Teruel vivió
(no sé si te acordarás)
un tal Roger de Lizana,
caballero catalan.
El templario?

ISABEL.

PEDRO.

Sí. Roger
paraba en Monzon. Allá
es voz que penas y culpas
de su libre mocedad

trajéronle una dolencia
de espíritu y corporal,
que vino á dejarle casi
mudo, imbécil, incapaz.
Pacífico en su idiotez,
permitíanle vagar
libre por el pueblo. Un día,
sobre una dificultad
en mi encargo y sobre cómo
se debiera de allanar,
Don Rodrigo y yo soltamos
palabras de enemistad.
Marchóse enojado, y yo
exclamé al verle marchar:
¡Ha de ser este hombre dueño
de lo que yo quiero más?
Si la muerte puede sola
mi palabra desatar,
lléveme el Señor, y quede
Isabel en libertad.
Oh padre!

ISABEL.

PEDRO.

En esto, un empuje
tremendo á la puerta dan,
se abre, y con puñal en mano
entra...

ISABEL.

Virgen del Pilar!
¿Quién!

PEDRO.

Roger. Llégame á mí,
y en voz pronunciada mal,
Uno (dijo) de los dos
la vida aquí dejará.

ISABEL.

Y qué hicisteis?

PEDRO.

Yo, pensando
que bien pudiera quizás
mi muerte impedir alguna
mayor infelicidad,
crucé los brazos, y quieto
esperé el golpe mortal.
Cielos! Y Roger?

ISABEL.

PEDRO.

Roger,
parado al ver mi ademan,
en lugar de acometerme

se fué retirando atras,
mirándome de hito en hito,
llena de terror la faz.

Asió con entrambas manos
el arma por la mitad,
y señas distintas hizo
de querérmela entregar.

Yo no le atendí, guardando
completa inmovilidad
como ántes; y él, con los ojos
fijos, y sin menear
los párpados, balbuciente
dijo: Matadme, salvad
en el hueco de mi tumba
mi secreto criminal.

ISABEL. Su secreto!

PEDRO.

En fin, de estarse

tanto sin pestañear,
él, cuyos sentidos eran
la suma debilidad,
se trastornó, cayó; dió
la guarnicion del puñal
en tierra, le fué la punta
al corazon á parar
al infeliz, y á mis plantas
rindió el aliento vital.

Huí con espanto: Azagra,
viniéndose á disculpar
conmigo, me halló; le dije
que no pisaba el umbral
de aquella casa en mi vida;
y él, pródigo y eficaz,
avisó al Rey y mandó
el cadáver sepultar.—
Ya ves, hija: por no ir
yo contra tu voluntad,
por no cumplir mi palabra,
quise dejarme matar,
y Dios me guardó la vida:

su decreto celestial
es sin duda que esa boda
se haga por fin...—y se hará,

si en tres dias no parece
tu preferido galan.
(Aparte. Ay de él y de mí!)

ABEL.

ESCENA III.

TERESA.—DON PEDRO, ISABEL.

TERESA.

Señor;

acaba de preguntar
por vos Don Martin, el padre
de Don Diego.

ISABEL.

(Aparte. Si sabrá?...)

TERESA.

Como es enemigo vuestro,
le he dejado en el zaguan.

PEDRO.

A enemigo noble se abren
las puertas de par en par.

Que llegue. (Váse Teresa.) Ve con tu madre

ISABEL.

(Ap. Ella á sus piés me verá
llorando hasta que consiga
vencer su severidad.) (Váse.)

ESCENA IV.

DON PEDRO.

Desafiados quedamos

al tiempo de cabalgar

yo para Monzon: el duelo

llevar á cabo guerrá.

Bien.—Pero él ha padecido

una larga enfermedad.

Si no tiene el brazo firme,

conmigo no lidiará.

ESCENA V.

DON MARTIN.—DON PEDRO.

MARTIN.

Don Pedro Segura, seais bien venido.

PEDRO.

Y vos, Don Martin Garcés de Marsilla,

seais bien hallado: tomad una silla.

- (Sientase Don Martin mientras Don Pedro va á tomar su espada.)
- MARTIN. Dejad vuestra espada.
- PEDRO. (Sentándose.) Con pena he sabido la grave dolencia que habeis padecido.
- MARTIN. Al fin me repuse del todo.
- PEDRO. No sé.
- MARTIN. Domingo Celladas.
- PEDRO. Fuerte hombre es, á fé!
- MARTIN. Pues aún á la barra le gano el partido.
- PEDRO. Así os quierero yo! Desde hoy, elegid al duelo aplazado seguro lugar.
- MARTIN. Don Pedro, yo os tengo primero que hablar.
- PEDRO. Hablad en buen hora: ya escucho. Decid.
- MARTIN. Causó nuestra riña.
- PEDRO. La causa omitid: sabémosla entrambos. Por vos se me dijo que soy un avaro, y os privo de un hijo. De honor es la ofensa, precisa la lid.
- MARTIN. Teneisme por hombre de aliento?
- PEDRO. Si tal.
- MARTIN. Si no lo creyera, con vos no lidiara.
- PEDRO. Jamás al peligro le vuelvo la cara.
- MARTIN. Sí, nuestro combate puede ser igual.
- PEDRO. Será por lo mismo.
- MARTIN. Sangriento, mortal.
- PEDRO. Ha de parecer uno de los dos.
- MARTIN. Oid un suceso feliz para vos: feliz para entrambos.
- PEDRO. Decídmelo. Cuál?
- MARTIN. Tres meses hará que en lecho de duelo me puso la mano que todo lo guía. Del riesgo asustada la familia mia, quiso en vuestra esposa buscar su consuelo. Con tino infalible, con pródigo celo, salud en la villa béhética vierte, y enfermo en que airada se ceba la muerte, le salva su mano, bendita del cielo. Con vos irritado! no quise atender al dulce consejo de amante inquietud. No cobre (decía) jamás la salud, si mano enemiga la debe traer. Mayor mi tesón á más padecer,

la muerte en mi alcoba plantó su bandera.
Por fin una noche... Qué noche tan fiera!
Blasfemo el dolor hacíame ser;
pedía una daga con furia tenaz,
rasgar anhelando con ella mi pecho...
En esto á mis puertas, y luego á mi lecho,
llegó un peregrino, cubierta la faz.
Angel parecía de salud y paz...
Me habla, me consuela; benigno licor
al labio me pone; me alivia el dolor,
y parte, y no quiere quitarse el disfraz.
La noche que tuve su postrer visita,
ya restablecido, sus pasos seguí.
Cruzó varias calles, viniendo hácia aquí,
y entró en esa ruina de gótica ermita,
que á vuestros jardines términos limita.
Detúvele entónces: el velo cayó,
radiante la luna su rostro alumbró...
Era vuestra esposa.

PEDRO.

Era Margarita!

MARTIN.

Confuso un momento, cobréme despues,
y víome postrado la noble señora.
—Con tal beneficio, no cabe que ahora
provoque mi mano sangriento reves.
Don Pedro Segura, decid á quien es
deudor este padre de verse con vida,
que está la contienda por mí fenecida.
Tomad este acero, ponedle á sus piés.

PEDRO.

(Da su espada á Don Pedro, que la coloca en el bufete.)
¡Feliz yo, que logro el duelo excusar
con vos, por motivo que es tan lisonjero!
Si pronto me hallásteis, por ser caballero,
cuidado me daba el ir á lidiar.
Con tal compañera, ¿quién no ha de arriesgar
con susto la vida que lleva, dichosa?
Ella me será desde hoy más preciosa,
si ya vuestro amigo quereisme llamar.

MARTIN.

Amigos seremos. (Dánse las manos.)

PEDRO.

Siempre.

MARTIN.

Siempre, sí.

PEDRO.

Y al cabo, qué nuevas teneis de Don Diego?
En hora menguada, vencido del ruego

de Azagra, la triste palabra le dí.
Si ántes vuestro hijo se dirige á mí,
cuánto ambas familias se ahorran de llanto!
No lo quiso Dios.

MARTIN.

Yo su nombre santo
bendigo; mas lloro por lo que perdí.
Pero ¿qué!...

PEDRO.

MARTIN.

Después de la de Maurel,
donde cayó en manos del Conde Simon,
de nadie consigo señal ni razón,
por más que anhelo preguntó por él.
Cada día al cielo con súplica fiel
pido que me diga qué punto en la tierra
sostienele vivo, ó muerto le encierra:
mundo y cielo guardan silencio cruel.

PEDRO.

El plazo otorgado dura todavía.
Un hora, un instante le basta al Eterno:
y mucho me holgara si fuera mi yerno
quien á mi Isabel tan fino quería.
Pero si no viene, y cúmplase el día,
y llega la hora... por más que me pesa,
me tiene sujeto sagrada promesa:
si fuera posible, no la cumpliría.

MARTIN.

Diligencia escasa, fortuna severa
parece que en suerte á mi sangre cupo:
quien á la desgracia sujetar no supo,
sufrido se muestre cuando ella le hiera.
A Dios.

PEDRO.

No han de veros de aguesa manera.
Yo quiero esta espada; la mía tomad (Dáscela.)
en prenda segura de fiel amistad.

MARTIN.

Acepto: un monarca llevarla pudiera.
(Vase Don Martin, y Don Pedro le acompaña.)

ESCENA VI.

MARGARITA, ISABEL.

MARGARITA. (Aparte, siguiendo con la vista á los dos que se retiran.)
Aunque nada les oí,
deben estar ya los dos
reconciliados.

ISABEL. (Que viene tras su madre). Por Dios, madre, haced caso de mí.

MARGARITA. No, que es repugnancia loca la que mostrais á un enlace, que de seguro nos hace á todos merced no poca. Noble sois; pero mirad que quien su amor los consagra es Don Rodrigo de Azagra, que goza más calidad, más bienes: en Aragon le acatan propios y ajenos, y muestra, con vos al ménos, apacible condicion.

ISABEL. Vengativo y orgulloso es lo que me ha parecido.

MARGARITA. Vuestro padre le ha creído digno de ser vuestro esposo. Prendarse de quien le cuadre no es lícito á una doncella, ni hay más voluntad en ella que la que tenga su padre. Hoy día, Isabel, así se conciertan nuestras bodas: así nos casan á todas, y así me han casado á mí.

ISABEL. ¿No hay á los tormentos mios otro consuelo que dar?

MARGARITA. No me teneis que mentar vuestros locos amorios. Yo por delirios no abogo. Idos.

ISABEL. En vano esperé. (Sollozando al retirarse.)

MARGARITA. Qué! llorais?

ISABEL. Aún no me fué vedado este desahogo.

MARGARITA. Isabel, si no os escucho, no me acuseis de rigor.

(Acaba.) Comprendo vuestro dolor y le compadezco mucho; pero, hija... cuatro años há que á nadie Marsilla escribe.

ISABEL.

Si ha muerto No, madre, vive!

Pero cómo vivirá!

Tal vez, llorando, en Sion se arrastra por mí cadenas, quizá gime en las arenas de la líbica region.

Con aviso tan funesto no habrá querido afligirme.

Yo trato de persuadirme y sin cesar pienso en esto.

Yo me propuse aprender á olvidar, sospechando que infiel estaba gozando

caricias de otra mujer. Yo escuché de su rival

los acentos desabridos y logré de mis oídos

que no me sonaran malos. Pero ay! cuando la razón

iba á proclamarse ufana vencedora soberana

de la rebelde pasión, al recordar la memoria

un suspiro de mi ausente se arruinaba de repente

la fortaleza ilusoria y con ímpetu mayor,

tras el combate perdido se entraba por mi sentido

á sangre y fuego el amor. Yo entónces á la virtud

nombre daba de falsa, rabioso llanto vertía,

y hundirme en el ataud juraba en mi frenesí

antes que rendirme al yugo de ese hombre, fatal verdugo,

genio infernal para mí.

MARGARITA. Por Dios, por Dios, Isabel, moderad ese delirio:

vos no sabeis el martirio.

ISABEL.

que me haceis pasar con él.
Qué! mi audacia os maravilla?
Pero estando ya tan lleno
el corazon de veneno,
fuerza es que rompa su orilla.
No á vos, á la piedra inerte
de esa muralla desnuda,
á esa bóveda que muda
oyó mi queja de muerte,
á este suelo donde mella
pudo hacer el llanto mio,
á no ser tan duro y frio
como alguno que le huella,
para testigos invoco
de mi doloroso afan;
que, si alivio no le dan,
no les ofende tampoco

MARGARITA.

¿Quién con ánimo sereno
la oyera?—El dolor mitiga;
de una madre, de una amiga
ven al cariñoso seno.
Conóceme, y no te ahuyente
la faz severa que ves:
máscara forzosa es
que dió el pesar á mi frente;
pero tras ella te espera,
para templar tu dolor,
el tierno, indulgente amor
de una madre verdadera.

ISABEL.

MARGARITA.

Madre mia! (Abrazáuse.)

Mi ternura

te oculté... porque debí...

¡Há quince años que hay aquí
guardada tanta amargura!

Yo hubiera en tu amor filial

gozado, y gozar no debo

nada ya, desde que llevo

el cilicio y el sayal.

Madre!

ISABEL.

MARGARITA.

Temí, recelé
dar á tu amor incentivo,
y sólo por correctivo

severidad te mostré;
mas oyéndote gemir
cada noche desde el lecho,
y á veces en tu despecho
mis rigores maldecir.
yo al Señor, de silencioso
materno llanto hecha un mar,
ofrecí mil veces dar
mi vida por tu reposo.

ISABEL.

Cielos! ¡Qué revelacion
tan grata! Qué injusta he sido!
Que tanto me habeis querido?
Madre de mi corazon!
Perdonadme... ¡Qué alborozo
siento, aunque llorar me veis!
Seis años há, más de seis,
que tanta dicha no gozo.
Mi desgracia contemplad,
cuando como dicha cuento
que mis penas un momento
aplaquen su intensidad.
Pero este rayo que inunda
en viva luz mi alma yerta,
¿dejaréis que se convierta
en lobreguez más profunda?
Madre, madre á quien adoro,
(canta)
el labio os pongo en el pié:
mi aliento aquí exhalaré
si no cedéis á mi lloro. (Póstrase.)

MARGARITA. Levanta, Isabel; enjuga

tus ojos; confía... Si:
cuando dependa de mí...

ISABEL.

Ya veis que en rápida fuga
el tiempo desaparece.

Si pasan tres días, tres!

todo me sobra despues,

toda esperanza fallece.

Mi padre, por no faltar

á la palabra tremenda,

le rendirá por ofrenda

mi albedrío en el altar.

Vuestras razones imprimen

en su alma la persuasión
 en mí toda reflexion
 fuera desacato, crimen
 Y yo, señora, lo veo:
 podrá llevarme á casar;
 pero en vez de preparar
 las galas del himeneo,
 que á tenerme se limite
 una cruz y una mortaja;
 que esta gala y esta alhaja
 será lo que necesite.

MARGARITA. No, no, Isabel; cesa, cesa;
 yo en tu defensa me empeño;
 no será Azagra tu dueño,
 yo anularé la promesa.
 Me oírás tu padre, y tamaños
 horrores evitará.
 Hoy madre tuya será
 quien no lo fué tantos años.

ESCENA VII.

TERESA. — MARGARITA, ISABEL.

TERESA. Señoras, Don Rodrigo de Azagra pide licencia para
 visitaros.

MARGARITA. Hazle entrar. A buen tiempo llega. (Váse Teresa.)

ISABEL. Permitid que yo me retire.

MARGARITA. Quédate en la pieza inmediata, y escucha nuestra
 conversacion.

ISABEL. Qué vais á decir?

MARGARITA. Óyelo, y acabarás de hacer justicia á tu madre. (Váse
 Isabel)

ESCENA VIII.

DON RODRIGO. — MARGARITA.

MARGARITA. Ilustre Don Rodrigo...

RODRIGO. Señora... al fin nos vemos.

MARGARITA. Honrad mi estrado, ya que la prisa de venir á mi casa
 no os ha dejado sosegar en la vuestra.

RODRIGO. Aquí vengo á buscar el sosiego que necesito. (Siéntase.) Qué me decís de mi desdenosa?

MARGARITA. Me permitiréis que hable con toda franqueza?

RODRIGO. Con franqueza pregunto yo. — Hablad.

MARGARITA. Mi esposo os prometió la mano de su hija única; y, por él, debéis contar de seguro con ella. Pero la delicadeza de vuestro amor y la elevación de vuestro carácter ¿se satisfarían con la posesión de una mujer, cuyo cariño no fuese vuestro?

RODRIGO. El corazón de Isabel no es ahora mío, lo sé; pero Isabel es virtuosa, es el espejo de las doncellas: cumplirá lo que jure; apreciará mi rendida fe, y será el ejemplo de las casadas.

MARGARITA. Mirad que su afecto á Marsilla no se ha disminuido.

RODRIGO. No me inspira celos un rival, cuyo paradero se ignora, cuya muerte, para mí, es indudable.

MARGARITA. Y si volviese aún? ¿Y si antes de cumplirse el término, se presentara tan enamorado como se fué, y con aumentos muy considerables de hacienda?

RODRIGO. Mal haría en aparecer ni antes ni después de mis bodas. Él prometió renunciar á Isabel, si no se enriquecía en seis años; pero yo nada he prometido. Si vuelve, uno de los dos ha de quedar solo junto á Isabel. La mano que pretendemos ambos, no se compra con oro; se gana con hierro, se paga con sangre.

MARGARITA. Vuestro lenguaje no es muy reverente para usado en esta casa y conmigo; pero os le perdono, porque me perdoneis la pesadumbre que voy á daros. Yo, noble Don Rodrigo, yo que hasta hoy consentí en vuestro enlace con Isabel, he visto por último que de él iba á resultar su desgracia y la vuestra. Tengo, pues, que deciros, como cristiana y madre; tengo que suplicaros por nuestro Señor y nuestra Señora, que desistais de un empeño, ya poco distante de la temeridad.

RODRIGO. Ese empeño es público, hace muchos años que dura, y se ha convertido para mí en caso de honor. Es imposible que yo desista. No os opongais á lo que no podéis impedir.

MARGARITA. Aunque habeis desairado mi ruego, tal vez no le desaire mi esposo.

RODRIGO. Mucho alcanzáis con él: adora en vos, y lo merecis, porque há quince años que os empleais en la caridad

y la penitencia... Pero... ¿os ha contado ya la muerte de Roger de Lizana?

MARGARITA. Cómo! ¿Roger ha muerto!

RODRIGO. Sí, loco y mudo, según estaba; desgraciadamente, según merecía; y á los piés de Don Pedro, como era justo.

MARGARITA. Cielos! Nada sabia de ese infeliz.

RODRIGO. Ese infeliz era muy delincuente, era el corruptor de una dama ilustre.

MARGARITA. Don Rodrigo!

RODRIGO. La esposa más respetable entre las de Teruel.

MARGARITA. Por compasión... Si Roger ha muerto...

RODRIGO. Casi espiró en mis brazos. Yo tendí sobre el féretro su cadáver, yo hallé sobre su corazón unas cartas....

MARGARITA. Cartas!

RODRIGO. De mujer... cinco... sin firma todas. Pero yo os las presentaré, y vos me diréis quién las ha escrito.

MARGARITA. Callad! callad!

RODRIGO. Si no, acudiré á vuestro esposo: bien conoce la letra.

MARGARITA. No! Dádmelas, rompedlas, quemadlas!

RODRIGO. Se os entregarán; pero Isabel me ha de entregar á mí su mano primero.

MARGARITA. Oh!

RODRIGO. Dios os guarde, señora.

MARGARITA. Deteneos, oidme.

RODRIGO. Para que os oiga, venid á verlas. (Váse.)

MARGARITA. Escuchad, escuchadme. (Váse tras Don Rodrigo.)

ESCENA IX.

ISABEL, y después TERESA.

ISABEL. ¿Qué es lo que oí? No lo he comprendido, no quiero comprender ese misterio horrible: sólo entiendo que de infeliz he pasado á más. (Sale Teresa.)

TERESA. Señora, un jóven extranjero ha llegado á casa pidiendo que se le dejara descansar un rato...

ISABEL. Recíbele y déjame.

TERESA. Ya se le recibió, y le han agasajado con vino y magras; por señas que nada de ello ha probado, como si fuera moro ó judío. Aparte de esto, es muy lindo muchacho: he trabado conversacion con él, y dice que viene de Palestina.

ISABEL. ¿De Palestina?
 TERESA. Yo me acordé al punto del pobre Don Diego. — Como os figurais que debe estar por allá...
 ISABEL. Sí. Llámale pronto. (Váse Teresa.) Virgen piadosa! Que haya sido sueño lo que pienso que oí! Oh! Pensamos en el que viene de Palestina.

ESCENA X.

ZULIMA, en traje de noble aragonés; TERESA. — ISABEL.

ZULIMA. El cielo os guarde.
 ISABEL. Y á vos tambien.
 ZULIMA. (Aparte. Mi rival es esta.)
 ISABEL. Mejor podeis descansar en esta sala que fuera.
 TERESA. Este mancebo, señora, viene de lejanas tierras, de Jerusalem, de Jope, de Belén y de Judea.
 ISABEL. Cierto?
 ZULIMA. Sí.
 TERESA. Y ha conocido allá gente aragonesa.
 ZULIMA. Un caballero traté de Teruel.
 ISABEL.Cuál? Quién? Quién era?
 ZULIMA. Su nombre. Diego Marsilla.
 ISABEL. Os trajo Dios á mi puerta! — Dónde le dejais?
 TERESA. Entonces, era ya rico?
 ZULIMA. Una herencia cuantiosa le dejaron allí.
 ISABEL. Pero dónde queda?
 ZULIMA. Hace poco era cautivo del Rey moro de Valencia.
 ISABEL. Cautivo! Infeliz!
 ZULIMA. No tanto.

- La esposa del Rey, la bella
Zulima, le amó.
- ISABEL. ¿Le amó?
ZULIMA. Sí, mucho!
TERESA. Qué desvergüenza!
ISABEL. Y qué! ¿No viene por eso
Marsilla donde le esperan?
TERESA. Se ha vuelto moro quizá?
ZULIMA. (Aparte. Ya que padecí, padezca.
Finjamos.)
ISABEL. Hablad.
ZULIMA. No es fácil
resistir á una princesa
hermosa y amante: al fin
Marsilla, para con ella,
era un miserable.
- TERESA. Pero
vamos, acabad...
ISABEL. (Aparte. Apénas
vivo!)
ZULIMA. El Rey llegó á saber
lo que pasaba; la Reina
pudo escapar, protegida
por un bandido, cabeza
de la cuadrilla temible
que hoy anda por aquí cerca;
y Marsilla...
- ISABEL. Qué?
ZULIMA. Rogad
á Dios que le favorezca.
- ISABEL. Ha muerto! Jesús, valedme! (Desmáyase.)
TERESA. Isabel! Isabel! — ¡Buena
la habeis hecho!
ZULIMA. (Aparte. Sabe amar
esta cristiana de veras;
yo sé más, yo sé vengarme.)
TERESA. Señora! — Paula! Jimena!
(A Zulima.) Buscad agua, llamad gente.
ZULIMA. (Aparte. Salgamos. — Con esta nueva,
se casará.) (Vase.)
TERESA. ¡Dios confunda
la boca ruin que nos cuenta

noticia tan triste!... Pero
un prójimo que no prueba
cerdo ni vino, ¿qué puede
dar de sí?

(Salen dos criadas que traen agua.)

Pronto aquí, lerdas.
Dónde estábais? A ver: dadme
el agua.

ISABEL.

Ay, Dios! Ay, Teresa!

ESCENA XI.

MARGARITA. — ISABEL, TERESA, CRIADAS.

MARGARITA. Qué sucede?

ISABEL.

Ay, madre mía!

Ya no es posible que venga.

Murió.

MARGARITA.

Quién? Marsilla?

TERESA.

ha de ser!

ISABEL.

Y ha muerto en pena
de serme infiel.

TERESA.

Una mora,

que dicen que no era fea,

la esposa del Reyezuelo

valenciano, buena pieza

sin duda, nos le quitó.

ISABEL.

¡En esto paran aquellas

ilusiones de ventura

que alimentaba risueña!

Conmigo nacieron, ay!

se van, y el alma se llevan.

Ese infausto mensajero,

dónde está? Dile que vuelva.

MARGARITA. Sí: yo le preguntaré...

TERESA.

Pues como nos dé respuestas

por el estilo... Seguidme

(Vánse Teresa y las criadas.)

ESCENA XII.

MARGARITA, ISABEL.

ISABEL.

¿Quién figurarse pudiera
que me olvidara Marsilla!
Qué sonrojo! Qué vileza!
Pero ¿cómo ha sido, cómo
fué que no lo presintiera
mi corazón? No es verdad:
imposible que lo sea.
Se engañó, si lo creyó,
la Sultana de Valencia.

Solo por volar á mí,
quebrantando sus cadenas,
dejó soñar á la mora
con esa falaz idea.
Mártir de mi amor ha sido,
que desde el cielo en que reina,
de su martirio me pide
la debida recompensa.

Yo se la daré leal,
yo defenderé mi diestra:
viuda del primer amor
he de bajar á la huesa.
Llorar libremente quiero
lo que de vivir me resta,
sin que pueda hacer ninguno
de mis lágrimas ofensa.
No he de ser esposa yo
de Azagra: primero muerta.

MARGARITA. Tendrás valor para?...
Isabel.

ISABEL.

Si
mi desgracia me le presta.

MARGARITA. Y si te manda tu padre?...

ISABEL.

Diré que no.

MARGARITA.

Si te ruega...

ISABEL.

No.

MARGARITA.

Si amenaza...

ISABEL.

Mil veces

no. Podrán en hora buena,

de los cabellos asida
arrastrarme hasta la iglesia,
podrán maltratar mi cuerpo,
cubrirle de áspera jerga,
emparedarme en un claustro
donde lentamente muera:
todo esto podrán, sí; pero
lograr que diga mi lengua
un sí perjuro, no.

MARGARITA.

Bien,

bien. Tu valor... me consuela.

(Aparte. Nada oyó: más vale así.

La culpa, no la inocencia
debe padecer.) Ten siempre

esa misma fortaleza,

y no te dejes vencer,

suceda lo que suceda.

Matrimonio sin cariño

crímenes tal vez engendra.

Yo sé de alguna infeliz

que dió su mano violenta...

y... despues de larga lucha...

desmintió su vida honesta.

Muchos años lleva ya

de dolor y penitencia...

y al fin le toca morir

de oprobio justo cubierta.

ISABEL.

Ah, madre! ¿Qué dije yo!

Me olvidé, con esa nueva,

de otra desdicha tan grande

que á mi desdicha supera.

MARGARITA. No te cases, Isabel!

ISABEL. Sí, madre: mi vida es vuestra:

dáosla me manda Dios,

lo manda naturaleza.

MARGARITA. Hija!

ISABEL.

Por fortuna mía,

Marsilla al morir me deja

el corazon sin amor

y sin lugar donde prenda.

Por más fortuna, Marsilla

de mí se olvidó en la ausencia,

y puso en otra mujer
el amor que me debiera.
Por dicha mayor, Azagra
es de condicion soberbia,
celoso, iracundo: así
mis lágrimas y querellas
insufribles le serán;
querrá que yo las contenga,
no podré, se irritará,
y me matará.

MARGARITA. ¡Me aterra,

hija, me matas á mí!

ISABEL. Tengo yo cartas que lea:
puede encontrármelas.

MARGARITA. Oh!
Si como las tuyas fueran
otras!...

ISABEL. Y tengo un retrato
en esta joya. (Saca un relicario.)

¿Son esas
sus facciones? Pues sabed
que, sin estudio ni regla,
de amor guiada la mano,
al primer ensayo diestra,
yo supe dar á ese rostro
semejanza tan perfecta.

Me sirvió para suplir
de Marsilla la presencia;
no le necesito ya:
más vale que no le vea.

Ah! dejadme que le bese
una vez... la última es esta.

Tomad. Veis? el sacrificio
consumo, y estoy serena,
tranquila... como la tumba.

Imitad vos mi entereza,
mi calma... y no me digais
una palabra siquiera.

De mí vuestra fama pende:
la conservaréis ileso.

Yo me casaré: no importa,
no importa lo que me cueste. (Vase.)

ESCENA XIII.

MARGARITA.

Y ¿debo yo consentir
que la inocente Isabel,
por mi egoismo cruel,
se ofrezca más que á morir!
Pero ¿cómo he de sufrir
que, perdida mi opinion,
me llame todo Aragon
hipócrita y vil mujer!
Mala madre me hace ser
mi buena reputacion.
A todo me resignara
con ánimo ya contrito,
si al saberse mi delito,
yo sola me deshonrara.
Pero á mi esposo manchara
con ignominia mayor.
Hija infeliz en amor!
Hija desdichada mia!
Perdona la tiranía
de las leyes del honor.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Retrete ó gabinete de Isabel. Dos puertas.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, TERESA.

Aparece Isabel ricamente vestida, sentada en un sillón junto á una mesa, sobre la cual hay un espejo de mano, hecho de metal. Teresa está acabando de adornar á su ama.

TERESA. Qué os parece el tocado? Nada, ni me oye. Que os mireis os digo; tomad el espejo. (Se le da á Isabel, que maquinalmente le toma, y deja caer la mano sin mirarse.) A esa tra puerta. Miren ¡qué trazas estas de novia!—Ved qué preciosa gargantilla voy á ponerlos! (Isabel inclina la cabeza.) Pero alzád la cabeza, Isabel. Si esto es amortajar á un difunto.

ISABEL. Marsilla!

TERESA. (Aparte. Dios le haya perdonado.) Ea, se concluyó. Bien estais. Ello, sí, me habeis hecho perder la paciencia treinta veces.

ISABEL. Madre mia!

TERESA. Si echais ménos á mi señora, ya os he dicho que no está en casa, porque para ella, la caridad es ántes que todo. El Juez de este año, Domingo Celladas, tenía un hijo en tierra de infieles: Jaime, ya le cono-

ceís. Hoy, sin que hubiese noticia de que viniera, se lo han encontrado en el camino de Valencia unos mercaderes, herido y sin conocimiento. Por un rastro de sangre que iba á parar á un hoyo, se ha comprendido que debieron echarle dentro; y se cree que hasta poder salir, habrá estado en el hoyo quizá más de un día, porque las heridas no son recientes. Vuestra madre ha sido llamada para asistirle; me ha encargado que os aderece, os he puesto hecha una imagen; y ni siquiera he logrado que deis una mirada al vestido para ver si os gusta.

ISABEL.

Sí: es el último.

TERESA.

El dulcísimo nombre de Jesús! No lo quiera Dios, Isabelita de mi alma: no lo querrá Dios; ántes os hará tan dichosa como vos mereceis. Pero salid de ese abatimiento: mirad que ya van á venir los convidados á la boda, y es menester no darles que decir.

ISABEL.

(Con sobresalto.) Qué hora es ya?

TERESA.

No tardarán en tocar á vísperas ahí al lado, en San Pedro. Es la hora en que salió de Teruel Don Diego, y hasta que pase, mi señor no se considera libre de su promesa.

ISABEL.

Sí, á esa hora, á esa hora misma partió... para nunca volver. En este aposento, allí, delante de ese balcon estaba yo, llorando sobre mi labor, como ahora sobre mis galas. Continuamente miraba á la calle por donde había de pasar, para verle; ahora no miro: no le veré. Por allí vino, dirigiendo el fogoso alazán enseñado á pararse bajo mis balcones. Por allí vino, vestida la cota, la lanza en la mano, al brazo la banda, último don de mi cariño. Hasta la dicha ó hasta la tumba, me dijo. Tuya ó muerta, le dije yo; y caí sin aliento en el balcon mismo, tendidas las manos hácia la mitad de mi alma que se ausentaba.—Suya ó muerta! Y voy á dar la mano á Rodrigo. Bien cumplo mi palabra!

TERESA.

Hija mia, desechad esas ideas. Yo ¿qué os he de decir para consolaros! Que os he visto nacer, que habeis jugado en mis brazos y en mis rodillas... y que diera yo porque recobrasedis la paz del alma y fuérais feliz, ay! diera yo todos los días que me faltan que vivir, ménos uno para verlo.

ISABEL.

¡Feliz, Teresa? Con este vestido, ¿cómo he de ser fe-

liz! Pesa tanto, me ahoga tanto! Quitamele, Teresa. (Levantándose.)
TERESA. Señora, que viene Don Rodrigo.
ISABEL. Don Rodrigo! Busca pronto á mi madre. (Vase Teresa.)

ESCENA II.

DON RODRIGO. — ISABEL.
RODRIGO. Mis ojos por fin os ven
á solas, ángel hermoso.
Siempre un amargo desden os miraba
y un recato rigoroso
me han privado de este bien.
— Trémula estais: ocupad
la silla.
ISABEL. Ante mi señor!
RODRIGO. Esclavo diréis mejor.
— Soberana es la beldad
en el reino del amor.
ISABEL. Mentida soberanía!
RODRIGO. De mi rendimiento fiel,
que dudáis no creia.
— Si á conocer, Isabel,
llegáseis el alma mia!
ISABEL. Para qué? Señas ha dado
que indican su indole bella.
RODRIGO. Mi destino desastrado
sólo mostrar me ha dejado
deforme que hay en ella.
Un Azagra conoceis
orgullosa y vengativa;
pero si otro por fin hallaréis,
que en vuestro rigor esquivo
figuraros no podeis.
El Azagra que os adora,
el Azagra para vos,
aun no le visteis, señora;
y nos conviene á los dos
una explicacion ahora.
ISABEL. Mis padres pueden mandar,
yo tengo que obedecer.

RODRIGO.

nada pretendo saber: si me hubiera bien en callar, quien ha logrado vencer. El vencedor, que aparece lleno ante vos de amargura, manifestaros ofrece que sabe lo que merece. Doña Isabel de Segura. Os ví, y en vos admiré virtud y belleza rara: digno de vos me juzgué, y uniros á mí juré, costara lo que costara. Maldición más espantosa no pudo echarme jamás una lengua venenosa, que decir:—No lograrás hacer á Isabel tu esposa.—Lidiaré, si es necesario, por ella con todo el orbe; clamaba yo de ordinario; ¡Infeliz el que me estorbe, competidor ó contrario! En mi celoso furor, cabe hasta lo que denigre mi calidad y mi honor. Amo con ira de tigre, porque es muy grande mi amor.—No el vuestro, tan delicado, me pinteis para mi mengua; quizá no lo haya expresado en seis años vuestra lengua, sin que me lo hayan contado. Cuantas cartas escribió Marsilla ausente, lei: él su retrato no vió, yo sí: junto á vos aquí siempre tuve un guarda. Ha sido mi ocupacion observaros noche y dia; y abandonaba á Monzon, siempre que lo permitia

la marcial obligacion.
Viéndoos al balcon sentada
por las noches á la luna,
mi fatiga era pagada:
jamás fué mujer ninguna
de amante más respetada.
Para romper mis prisiones,
para defectos hallaros
fueron mis indagaciones;
y siempre para adoraros
encontré nuevas razones.
Seducido el pensamiento
de lisonjeros engaños,
un favorable momento
espero hace ya seis años;
y áun llegado no lo cuento.
Pero, por dicha, quizá
no deba estar muy distante.
Qué! ¿Pensais que cesará
mi pasion, muerto mi amante?
No; lo que yo vivirá.
Pues bien, amad, Isabel,
y decidlo sin reparo;
que con ese amor tan fiel,
aunque á mí me cueste caro,
nunca me hallaréis cruel.
Mas si ese afecto amoroso,
cuya expresion no limitó,
mantener os es forzoso,
yo, mi bien, yo necesito
el nombre de vuestro esposo.
No más que el nombre, y concluyo
de desear y pedir:
todas mis dichas incluyo
en la dicha de decir:
Me tienen por dueño suyo.
Separada habitacion,
distinto lecho tendréis...
Quereis más separacion?
vos en Teruel viviréis,
yo en la corte de Aragon.
¿Temeis que la soledad

ISABEL.

RODRIGO.

bajo mi techo os consuma?
Vuestros padres os llevad
con vos: mudaréis en suma
de casa y de vecindad.
Nunca sin vuestra licencia
veré esos divinos ojos...
ay! dádme la con frecuencia.
Si os oprimen los enojos,
hablad, y mi diligencia
ya un festin, ya una batida,
ya un torneo dispondrá.
Si llorais... Prenda querida!
cuando lloreis, ¿qué os dirá
quien no ha llorado en su vida?
Miseros ambos, hacer
con la indulgencia podemos
menor nuestro padecer.
Ahora, aunque nos casemos,
me podréis aborrecer?

ISABEL. Don Rodrigo! Don Rodrigo! (Sollozando.)

RODRIGO. Llorais! ¿Es porque me muestro
digno de ser vuestro amigo?
¿No sufrí del odio vuestro
bastante el duro castigo?

ISABEL. Oh! no, no: mi corazon
palpitar de odio no sabe.

RODRIGO. Ni al mirar vuestra afliccion,
hay fuerza en mí que no acabe
rindiéndose á discrecion
Es ya el caso de manera,
que el infausto desposorio
viene á ser obligatorio
para ambos: lo demas fuera
dar escándalo notorio.

Pero el amor que os consagro,
se ha vuelto á vos tan propicio,
que si Dios en su alto juicio
quiere obrar hoy un milagro...
contad con un sacrificio.

Ayer, si resucitara
mi aciago rival Marsilla,
sin compasion le matara,

y sin limpiar la cuchilla,
corriera con vos al ara.
Hoy, resucitado ó no,
si ántes que me deis el sí,
viene... que triunfe de mí.
¡Vos sí que triunfais así
de esta débil mujer!

ISABEL.

(El llanto le ahoga la voz por unos instantes; luego, al ver á Don Pedro y á los que le acompañan, se contiene, exclamando):

OH!

ESCENA III.

DON PEDRO, DON MARTIN, DAMAS, CABALLEROS, PAJES.—ISABEL,
DON RODRIGO. Despues, TERESA.

PEDRO. Hijos, el sacerdote que ha de bendecir vuestra union, ya nos está esperando en la iglesia. Tanto mis deudos como los de Azagra me instan á que apresure la ceremonia; pero aún no ha fenecido el plazo que otorgué á Don Diego. Al toque de vísperas de un domingo salió de su patria el malogrado jóven, seis años y siete dias hace: basta que suene aquella señal en mi oído, no tengo libertad para disponer de mi hija. (A Don Martin.) Porque veais de qué modo cumplo mi promesa, os he rogado que vinierais aquí.

MARTIN. Inútil escrupulosidad! No os detengais. No romperá mi hijo el seno de la tierra para reconveniros.

ISABEL. (Aparte. Infeliz!)

PEDRO. Fiel á lo que juré me verá desde el túmulo, cual me hallaria viviendo. (Sale Teresa.)

RODRIGO. Isabel deseará la compañía de su madre: pudiéramos pasar por casa del Juez...

TERESA. Ahora empezaba el herido á volver en su conocimiento. Si ántes de vísperas no se halla mi señora en la iglesia, es señal de que no puede asistir á los despojos: esto me ha dicho.

PEDRO. La esperaremos en el templo. (A Don Martin.) Si la pesadumbre os permite acompañarnos, venid...

MARTIN. Excusadme el presenciar un acto, que debe serme tan doloroso.

PEDRO. Estad seguro de que mientras no oigais las campanas,

no habrá dado su mano Isabel. Estos caballeros podrán atestiguar que se esperó hasta el cabal vencimiento del plazo. Marchemos.

ISABEL. (Ap. Morada de mi pasado bien, á Dios para siempre!)

(Vánse todos, ménos Don Martin.)

ESCENA IV.

DON MARTIN.

Con pena, con celos veo yo á Isabel dirigirse al altar. Hubo un tiempo en que la tuve por hija; hoy me quitan su filial cariño, y ella consiente. Pero ¿qué falta hace al mísero cadáver de mi hijo la constancia de la que él amó? Si su sombra necesita lágrimas, bien se puede satisfacer con las mías!

ESCENA V.

ADEL.—DON MARTIN.

ADEL. Cristiano, busco á Martin Marsilla, que está aquí, según se me dice. Eres tú?

MARTIN. Yo soy.

ADEL. Qué sabes de tu hijo?

MARTIN. Moro!... su muerte.

ADEL. Esa noticia... quién la ha traído?

MARTIN. Un jóven forastero.

ADEL. En dónde pára?

MARTIN. Apenas se detuvo en Teruel: yo no pude verle.

ADEL. Qué ha pasado con Jaime Celladas?

MARTIN. Le han herido gravemente al llegar á la villa: e su lecho yace todavía sin voz ni conocimiento.

ADEL. Luego tú nada sabes?

MARTIN. ¿Qué vas á decirme!

ADEL. Acabo de averiguar que disfrazada con traje de hombre, ha entrado en Teruel Zulima, la esposa del Amir de Valencia.

MARTIN. La que fué causa de la pérdida de mi hijo?

ADEL. Él la desdeñó, y ella se ha vengado mintiendo.

MARTIN. ¿Mintiendo!

ADEL. Anciano! Bendice al Señor: aún eres padre.

MARTIN. Dios poderoso!

ADEL. Tu hijo libró de un asesinato péfido al Amir de Valencia, y el Amir le ha colmado de riquezas y honores. Herido en un combate, no se le permitió caminar hasta reponerse. Jaime venia delante para anunciar su vuelta. Sígueme, y no pararé hasta poner á Marsilla en tus brazos. (Váse.)

MARTIN. (Alzando las manos al cielo, arrebatado de júbilo.) Señor! Señor!

ESCENA VI.

MARGARITA.—DON MARTIN.

MARGARITA. (Dentro.) Isabel! Isabel! (Sale y repara en Don Martin, que se retiraba con Adel.) Don Martin...

MARTIN. (Deteniéndose.) Margarita, sabedlo...

MARGARITA. Sabedlo el primero. Jaime Celladas...

MARTIN. Ese moro que veis...

MARGARITA. Ha vuelto en sí.

MARTIN. Viene de Valencia.

MARGARITA. Jaime tambien.

MARTIN. Vive mi hijo.

MARGARITA. Lo ha dicho Jaime. Corred, impedid ese casamiento. (Óyese el toque de visperas.)

MARTIN. Ah! ya es tarde.

MARGARITA. Dios ha rechazado mi sacrificio!

MARTIN. Hijo infeliz!

MARGARITA. Hija de mis entrañas! (Vánse.)

Bosque inmediato á Teruel.

ESCENA VII.

MARSILLA, atado á un árbol.

Infames bandoleros,
que me habeis á traicion acometido,
venid y ensangrentad vuestros aceros:
la muerte ya por compasion os pido.
—Nadie llega, de nadie soy oido:

vuelve el eco mis voces, y parece
que goza en mi dolor y me escarnece.
Me adelanté á la escolta que traía:
su lento caminar me consumía.
Yo vengo con amor, ellos con oro.
—Enemigos villanos,
los ricos dones del monarca moro
no como yo darán en vuestras manos:
tienen quien los defienda.
Pero las horas pasan, huye el día.
¿Qué vas á imaginar, Isabel mía!
¿Qué pensarás, idolatrada prenda,
si esperando abrazar al triste Diego,
corrido el plazo ves, y yo no llego?
Mas por Jaime avisados
en mi casa estarán: pronto, azorados
con mi tardanza... Sí, ya se aproxima
gente. Quién es?

ESCENA VIII.

ZULIMA, en traje de hombre.—MARSILLA.

ZULIMA. Yo soy.
MARSILLA. Cielos! Zulima!
Tú aquí! (Aparte. Presagio horrendo!)
ZULIMA. Vecinos de Ternel vienen corriendo
á quienes más que á mí toca librarla:
yo sólo en esta parte
me debo detener mientras te digo
que Isabel es mujer de Don Rodrigo.
MARSILLA. Gran Dios!—Mas no: me engañas, impostora.
ZULIMA. Zaen, que llega de Teruel ahora,
Zaen ha visto dar aquella mano
tan ansiada por tí.
MARSILLA. Finges en vano.
Tú ignoras que mi próxima llegada
previno un mensajero.
ZULIMA. Tú no sabes
que un tirador certero
supo dejar tu prevision burlada,
saliéndole al camino al mensajero.

Yo hablé con Isabel, yo de tu muerte
la noticia le dí, y á los bandidos
encargué que tu viaje detuvieran.
Yo, celebradas de Isabel las bodas,
te las vengo á anunciar.

MARSILLA.

¿Con que es ya tarde!

ZULIMA.

Mírame bien, y dúdalo si puedes.
Inútiles mercedes
el Rey te prodigó: más he podido
prófuga yo que mi real marido.
Yo mi amor te ofrecí, bienes y honores,
y te inmolé mi fe y el ser que tengo;
tú preferiste ingrato mis rencores:
me ofendiste cruel, cruel me vengo.
A Dios: en mi partida
te dejo por ahora con la vida,
mientras padeces en el duro potro
de ver á tu Isabel en brazos de otro. (Váse.)

ESCENA IX.

MARSILLA.

Mónstruo, por cuya voz ruge el abismo,
vuelve y di que es engaño
todo lo que te oí. (Forceja para desatarse.)

Lazos crueles,
¿Cómo me resistís? ¿Ligan cordeles
al que hierros quebró! No soy el mismo?
Ah! no. Mujer fatal, cortos instantes
me quedan que vivir, si no has mentido;
pero permita Dios que mueras ántes!

ESCENA X.

ADEL, pasando por una altura. — MARSILLA.

ADEL.

Rumor aquí he sentido.
Atraviesan el valle bandoleros
con Zulima á caballo.
Yo, cueste lo que cueste,
la tengo de prender: voy á ver si hallo

cerca mis compañeros.

MARSILLA. Quién va?

ADEL. Marsilla es este.

(A voces.) Aquí! Por este lado, caballeros! (Váse.)

ESCENA XI.

DON MARTIN, CABALLEROS, CRIADOS.—MARSILLA.

MARTIN. (Dentro.) Él es.

MARSILLA. Mi padre!

VOCES. (Dentro.) Él es.

MARSILLA. Padre!

MARTIN. (Dentro.) Hijo mio!

Subid, corred, volad: libradle pronto.

(Salen caballeros y criados.)

MARSILLA. Desatadme, decidme. . . (Desatan á Marsilla.)

MARTIN. (Saliendo.) Hijo querido!

MARSILLA. Padre!

MARTIN. Por fin te hallé.

MARSILLA. Decid... Es tarde?

Yo quisiera dudar... Mi mal ¿es cierto?

MARTIN. Respóndame las lágrimas que vierto.

Hijo del alma, á quien su hierro ardiente

la desgracia al nacer marcó en la frente,

tu triste padre, que por verte vive,

con dolor en sus brazos te recibe.

Quién tu llegada ha retardado?

MARSILLA. El cielo...

El infierno... No sé .. Facinerosos...

Una mujer... Dejadme.

MARTIN. La Sultana?

¿Esos bandidos que cobardes huyen

de los guerreros que conmigo traje?—

Te han herido?

MARSILLA. Ojalá!

MARTIN. Te han despojado?

MARSILLA. Nada he perdido. La esperanza sólo.

MARTIN. Suerte cruel! Cuando el fatal sonido

de la campana término ponía...

MARSILLA. Esa tigre anunció la muerte mía!

MARTIN. Lo sabes?

- MARSILLA. De ella.
- MARTIN. Horror! Entonces era cuando Jaime, el sentido recobrando, la traidora noticia desmentia. Corro al templo á saber... Miro, enmudezco... Eran esposos ya! Tu bien perdiste... Dios lo ha querido así... Pero aún te quedan padres que lloren tu destino triste.
- MARSILLA. El ajeno dolor no quita el mio. ¿Con qué llenais el horrible vacío que el alma siente, de su bien privada? Padre! sin Isabel, para Marsilla no hay en el mundo nada. Por eso en mi doliente desvarío sed bárbara de sangre me devora. Verterla á rios para hartarme quiero, y cuando más que derramar no tenga, la de mis venas soltará mi acero.
- MARTIN. Hijo, modera ese furor.
- MARSILLA. ¿Quién osa hijo llamarme ya? Fuera ese nombre! La desventura quiebra los vínculos del hombre con el hombre y con la vida y la virtud. Ahora, que tiemble mi rival, tiemble la mora. Breve será su victorioso alarde: para acabar con ambos aún no es tarde.
- MARTIN. Desgraciado! qué intentas?
- MARSILLA. Con el crimen el crimen castigar. Una serpiente se me enreda en los piés: mi pié destroce su garganta infernal. Un enemigo me aparta de Isabel: desaparezca.
- MARTIN. Hijo...
- MARSILLA. Perecerá.
- MARTIN. No...
- MARSILLA. ¡Maldecido mi nombre sea, si la sangre odiosa de mi rival no vierto!
- MARTIN. Es poderoso...
- MARSILLA. Marsilla soy.
- MARTIN. Mil deudos le acompañan..

MARSILLA. Mi furia á mí.
MARTIN. Merézcate respeto
ese lazo...
MARSILLA. Es sacrílego, es aleve.
MARTIN. En presencia de Dios formado ha sido.
MARSILLA. Con mi presencia queda destruido.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Habitacion de Isabel en la casa de Don Rodrigo. Dos puertas á la izquierda del espectador, una en el fondo, y una ventana sin reja á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, DON MARTIN.

- PEDRO. Ya cesó la vocería.
MARTIN. Ya se tranquiliza el pueblo.
Zaen en la cárcel queda
con los demas bandoleros.
PEDRO. Milagro ha sido salvarlos
mayor que lo fué prenderlos.
MARTIN. Y no los prenden quizá,
si no acuden tan á tiempo
los moros que de Valencia
con los regalos vinieron
de su Rey para mi hijo.
Regalos ya sin provecho!
¡Castigue Dios á quien tiene
la culpa!
- PEDRO. Oh! lo hará.—Primero
que vayamos esta noche
los dos al Ayuntamiento,
donde ya deben hallarse
juntos el Juez y mi yerno,

¿tendréis, Don Martin, á bien
que los dos conferenciamos
un rato?

MARTIN.

Hablad.

PEDRO.

Aquí está

Zulima.

MARTIN.

Bien me dijeron
los moros.

PEDRO

En esta calle
arremeti6 con los presos
un tropel de gente; y ella,
puesta en libertad en medio
del tumulto, se arroj6
por estas puertas adentro.

MARTIN.

Confesad que Don Rodrigo
la salv6.

PEDRO.

No lo confieso...
porque no lo ví.

MARTIN.

Yo, en suma,

no diré que fué mal hecho:

él debe á la mora estar

agradecido en extremo.

Por ella logra la mano
de Isabel.

PEDRO.

Resentimiento
justo mostrais; pero yo,
que he sido enemigo vuestro,
necesito de vos hoy.

MARTIN.

Aquí me teneis, Don Pedro.

PEDRO.

Sois quien sois.—Esa mujer
nos pone en terrible aprieto.

Ya veis, los moros reclaman
su entrega con mucho empeño.

MARTIN.

Y mientras el Juez resuelve,
cercada se ve por ellos
esta casa.

PEDRO.

Y bien, ¿quisierais
que entre vos y yo, de un riesgo
libráramos á Teruel?

MARTIN.

Crímen fuera no quererlo.

PEDRO.

Si en la junta de la villa
negamos, como debemos,

- la entrega de la Sultana,
va á ser enemigo nuestro
el Rey de Valencia, y puede
gravísimo daño hacernos.
- MARTIN. Y el que recibimos ambos
de su mujer, ¿es pequeño?
- PEDRO. Pero es mujer, y nosotros
cristianos y caballeros.
- MARTIN. Proseguid.
- PEDRO. El compromiso
queda evitado, si hacemos
que huya en el instante.
- MARTIN. Hagámoslo.
- Págume Dios el esfuerzo
que me cuesta no vengarme.
Disponed.
- PEDRO. Con un pretexto
llevad los moros de aquí.
De vos harán caso.
- MARTIN. Creo
- que sí.
- PEDRO. Lo demas es fácil.
Puesta ya en salvo, diremos
que ella huyó por sí.
- MARTIN. Voy pues,
y ya que la mano tiendo
al uno de los autores
de mi desventura, quiero
dársela tambien al otro.
Decid al dichoso dueño
de esta casa y de Isabel,
que mire en estos momentos
por su vida; que mi hijo
va, loco de sentimiento
y de furor, en su busca
por Teruel; y, ¡vive el cielo
que, doliente como está,
valor le sobra al mancebo
para vengar!... Perdonadme.
A Dios. Voy á complaceros,
y á buscarle y conducirle
esta noche misma léjos

de unos lugares en donde
vivimos los dos muriendo.
(Váse por la puerta de la izquierda, más cercana al proscenio.)
PEDRO. Id con Dios. —Padre infeliz!
Y nosotros? Me estremezco
al pensar en Isabel,
cuando de todo el suceso
llegue á enterarse.

ESCENA II.

TERESA. —DON PEDRO.

TERESA. (Dentro.) Favor!
que me vienen persiguiendo! (Sale.)
PEDRO. Teresa! Qué hay? Quién te sigue?
TERESA. Las ánimas del infierno...
las del purgatorio... No
sé cuáles; pero las veo,
las oigo...
PEDRO. Mas qué sucede?
TERESA. Ay! Muerta de susto vengo.
Ay! —Isabel me ha enviado
por mi señora corriendo,
que volvió, no sé por qué,
á la casa del enfermo;
y ántes de llegar, he visto
en un callejon estrecho,
junto á la ermita caida...
Jesus! convulsa me vuelvo
á casa.
PEDRO. ¿Qué viste! Di.
TERESA. Una fantasma, un espectro
todo parecido, todo,
al pobrecito Don Diego.
PEDRO. Calla: no te oiga Isabel.
Guarda con ella silencio. —
Marsilla ha venido, y ella
no lo sabe.
TERESA. Pero, ¿es cierto
que vive!
PEDRO. No ha de ser?

TERESA. Ay!
Pues otra desgracia temo.

PEDRO. Cuál?

TERESA. No lo aseguraré,
por si es aprension del miedo;
sin embargo, yo creí
ver que se llevaba el muerto
asido del brazo al novio.

PEDRO. ¿Qué dices!

TERESA. Aun traigo el eco
de su voz en los oídos.
Con alarido tremendo
decia: Vas á morir,
has de morir.—Lo veremos,
replicaba Don Rodrigo;
y echando votos y retos,
iban los dos como rayos
camino del cementerio.
Yo, señor, ya les recé
la salve y el padre nuestro
en latin.

PEDRO. Se han encontrado
y van á tener un duelo.
Esto es ántes.

ESCENA III.

ISABEL, por la segunda puerta del lado izquierdo —DON PEDRO, TERESA.

ISABEL. Padre!

PEDRO. Aguárdame

aquí: pronto volveremos

tu madre, tu esposo y yo.

Venid, Teresa. (Vánse los dos.)

ISABEL. Qué es esto?

¡Mi padre me deja sola,

cuando con tanto secreto

un moro me quiere hablar!

Sin duda están sucediendo

cosas extrañas aquí.

(Acércase á la segunda puerta.)

Llegad. Al mirarle, tiemblo.

ESCENA IV.

ADEL.—ISABEL.

- ADEL. Cristiana, brillante honor
de las damas de tu ley,
yo imploro, en nombre del Rey
de Valencia, tu favor.
- ISABEL. ¡Mi favor?
- ADEL. Tendrás noticia
de que salió de su corte
Zulima, su infiel consorte,
huyendo de su justicia.
- ISABEL. Sí.
- ADEL. Mi señor decretó
con rectitud musulmana
castigar á la Sultana,
ya que á Marsilla premió.
- ISABEL. Premiar!... ¡Ignoras, cruel,
que le dió muerte sañuda!
- ADEL. Tú no le has visto, sin duda,
entrar como yo en Teruel.
- ISABEL. ¡Marsilla en Teruel?
- ADEL. Sí.
- ISABEL. Mira
si te engañas.
- ADEL. Mal pudiera.
Infórmate de cualquiera,
y mátenme si es mentira.
- ISABEL. No es posible.—Ah! sí! que siendo
mal, no es imposible nada.
- ADEL. Por la villa alborotada
tu nombre va repitiendo.
- ISABEL. Eterno Dios! ¡Qué infelices
nacimos!—Cuándo ha llegado?
Cómo es que me lo han llamado?
- ADEL. —Y tú, por qué me lo dices?
Porque estás, á mi entender,
en grave riesgo quizá.
- ISABEL. Perdido Marsilla, ya
qué bien tengo que perder?

- ADEL. Con viva lástima escucho
tus ansias de amor extremas;
pero aunque tú nada temas,
yo debo decirte mucho.
Marsilla á mi Rey salvó
de unos conjurados moros,
y el Rey vertió sus tesoros
en él, y aquí le envió.
Él despreció la liviana
inclinación de la infiel...
- ISABEL. Oh! Sí!
- ADEL. Y airada con él,
vino, y se vengó villana
contando su falso fin.
- ISABEL. Ella!
- ADEL. Con una gavilla
de bandidos, á Marsilla
detuvo, ya en el confin
de Teruel, donde veloces
corriendo en tropel armado,
le hallamos á un tronco atado,
socorro pidiendo á voces.
- ISABEL. Calla, moro: no más.
- ADEL. Pasa
más, y es bien que te aperciba.
— La Sultana fugitiva
se ha refugiado en tu casa:
en ésta.
- ISABEL. Aquí mi rival!
- ADEL. Tu esposo la libertó.
- ISABEL. Ella donde habito yo!
- ADEL. Guárdate de su puñal.
Por celos allá en Valencia
matar á Marsilla quiso.
- ISABEL. Á tiempo llega el aviso.
- ADEL. Confirma tú la sentencia
que justo lanzó el Amir.
Por esa mujer malvada,
para siempre separada
de Marsilla has de vivir.
Ella te arrastra al odioso
tálamo de Don Rodrigo.

Envíala tú conmigo
al que le apresta su esposo,
pena digna del ultraje
que siente.

ISABEL.

Sí, moro : salga
pronto de aquí, no le valga
el fuero del hospedaje.
Como perseguida fiera
entró en mi casa : pues bien,
al cazador se la den,
que la mate donde quiera.
Mostrarse de pecho blando
con ella, fuera rayar
en loca : voy á mandar
que la traigan arrastrando.
Sean de mi furia jueces
cuantas pierdan lo que pierdo.
Jesus! Cuando yo recuerdo
que hoy pude... Jesus mil veces!
No le ha de valer el llanto,
ni el ser mujer, ni ser bella,
ni Reina. ¡Si soy por ella
tan infeliz! tanto, tanto!...
Dime, pues, dí : tu señor,
qué suplicio le impondrá?

ADEL.

Una hoguera acabará
con su delincuente amor.

ISABEL.

Su amor! Amor desastrado!
Pero es amor...

ADEL.

Y ¿es bastante
esa razon? ..

ISABEL.

¡Es mi amante
tan digno de ser amado!
Le vió, le debió querer
en viéndole.—¡Y yo, que hacia
tanto que no le veía...
y ya no le puedo ver!
—Moro, la víctima niego
que me vienes á pedir:
quiero yo darle á sufrir
castigo mayor que el fuego.
Ella con feroz encono,

mi corazon desgarró ...
me asesina el alma... yo
la defiengo, la perdono. (Váse.)

ESCENA V.

ADEL.

Hé perdido la ocasion.
Suele tener esta gente
acciones, que de un creyente
propias en justicia son.
Yo dejara con placer
este empeño abandonado;
pero el Amir lo ha mandado,
y es forzoso obedecer. (Váse.)

ESCENA VI.

MARSILLA, por la ventana.

Jardin... una ventana... y ella luégo.
Jardin abierto hallé y hallé ventana;
mas dónde está Isabel?—Dios de clemencia,
detened mi razon, que se me escapa;
detenedme la vida, que parece
que de luchar con el dolor se cansa.
Siete dias hace hoy, ¡qué venturoso
era en aquel salon! Sangre manaba
de mi herida, es verdad; pero agolpados
al rededor de mi lujosa cama,
la tierna historia de mi amor oian
los guerreros, el pueblo y el monarca,
y entre piadoso llanto y bendiciones—
Tuya será Isabel—juntos clamaban
súbditos y Señor. Hoy no me ofendé
mi herida, rayos en mi diestra lanza
el damasquino acero... No le traigo...
y hace un momento que con dos me hallaba!
—Salvo en Teruel y vencedor, ¿qué angustia
viene á ser esta que me rinde el alma,
cuando acabada la cruel ausencia,

voy á ver á Isabel!

ESCENA VII.

ISABEL.—MARSILLA.

ISABEL.

Por fin se encarga
mi madre de Zulima.

MARSILLA.

Cielo santo!

ISABEL.

Gran Dios!

MARSILLA.

No es ella?

ISABEL.

Él es!

MARSILLA.

Prenda adorada!

ISABEL.

Marsilla!

MARSILLA.

Gloria mía!

ISABEL.

¿Cómo, ay! cómo

te atreves á poner aquí la planta!

Si te han visto llegar... A qué has venido?

MARSILLA.

Por Dios... que lo olvidé. Pero ¿no basta,

para que hacía Isabel vuele Marsilla,

querer, deber, necesitar mirarla?

Oh! qué hermosa á mis ojos te presentas!

Nunca te ví tan bella, tan galana...

y un pesar sin embargo indefinible

me inspiran esas joyas, esas galas.

Arrójalas, mi bien; lana modesta,

cándida flor, en mi jardín criada,

vuelvan á ser tu virginal adorno:

mi amor se asusta de riqueza tanta.

ISABEL.

(Aparte. Delira el infeliz! Sufrir no puedo

su dolorida, atónita mirada.)

¿No entiendes lo que indica el atavío,

que no puedes mirar sin repugnancia?

Nuestra separación.

MARSILLA.

Poder del cielo!

Sí Funesta verdad!

ISABEL.

Estoy casada!

MARSILLA.

Ya lo sé. Llegué tarde. Vi la dicha,

tendí las manos, y voló al tocarla.

ISABEL.

Me engañaron: tu muerte supusieron

y tu infidelidad.

MARSILLA.

Horrible infamia!

ISABEL. Yo la muerte creí.

MARSILLA. Si tú vivías,
y tu vida y la mía son entrambas
una sola no más, la que me alienta,
cómo de tí sin tí se separara?
Juntos aquí nos desterró la mano
que gozo y pena distribuye sábia:
juntos al fin de la mortal carrera
nos toca ver la celestial morada.

ISABEL. Oh! si me oyera Dios!..

MARSILLA. Isabel, mira,
yo no vengo á dar quejas: fueran vanas.
Yo no vengo á decirte que debiera
prometerme de tí mayor constancia,
cumplimiento mejor del tierno voto
que invocando á la Madre inmaculada,
me hiciste amante la postrera noche
que me apartó de tu balcon el alba.—
Para tí (sollozando me decias),
ó si no, para Dios!—¡Dulce palabra,
consoladora fiel de mis pesares
en los ardientes páramos del Asia
y en mi cautividad! Hoy ni eres mía,
ni esposa del Señor. Dí, pues, declara
(esto quiero saber) de qué ha nacido
el prodigio infeliz de tu mudanza.
Causa debe tener.

ISABEL. La tiene.

MARSILLA. Grande.

ISABEL. Poderosa, invencible: no se casa
quien amaba cual yo, sino cediendo
á la fuerza mayor en fuerza humana.

MARSILLA. Dímelo pronto, pues, dilo.

ISABEL. Imposible.

No has de saberlo.

MARSILLA. Sí.

ISABEL. No.

MARSILLA. Todo.

ISABEL. Nada.

Pero tú en mi lugar tambien el cuello
dócil á la coyunda sujetaras.

MARSILLA. Yo no, Isabel, yo no. Marsilla supo

despreciar una mano soberana
y la muerte arrostrar, por quien ahora
la suya vende y el por qué le calla.

ABEL. (Aparte. Madre, madre!)

Responde.

ABEL. (Aparte. Qué le digo?)

Tendré que confesar... que soy culpada.
Cómo no lo he de ser? Me ves ajena!
Perdóname... Castígame por falsa, (Llora.)
mátame, si es tu gusto... Aquí me tienes,
para el golpe mortal arrodillada.

MARSILLA. Ídolo mio, no; yo sí que debo
poner mis labios en tus huellas. Alza
No es de arrepentimiento el lloro triste
que esos luceros fúlgidos empaña;
ese llanto es de amor, yo lo conozco,
de amor constante, sin doblez, sin tacha,
ferviente, abrasador, igual al mío!
No es verdad, Isabel? Dímelo franca:
va mi vida en oírtelo.

ISABEL. ¿Prometes
obedecer á tu Isabel?

MARSILLA. Ingrata!
Cuándo me revelé contra tu gusto?

Mi voluntad, no es tuya? Dispon, habla.

ISABEL. Júralo.

MARSILLA. Sí.

ISABEL. Pues bien... Yo te amo. — Vete.

MARSILLA. Cruel! ¿Temiste que ventura tanta
me matase á sus piés, si su dulzura
con venenosa hiel no iba mezclada?

¿Cómo esas dos ideas enemigas
de destierro y de amor hiciste hermanas?

SABEL. Ya lo ves, no soy mia; soy de un hombre
que me hace de su honor depositaria
y debo serle fiel. Nuestros amores
mantuvo la virtud libres de manchar
su pureza de armino conservemos —
Aquí hay espinas, en el cielo palmás.
Tuyo es mi amor y lo será: tu imagen
siempre en el pecho llevaré grabada,
y allí la adoraré: yo lo prometo,

yo lo juro; mas huye sin tardanza.
Libértame de tí, sé generoso:
libértame de mí...

MARSILLA. No sigas, basta.
(?)(?)(?) Quieres que huya de tí? Pues bien, te dej
Valor... y separémonos. — En paga,
en recuerdo si nó, de tantas penas
con gozo por tu amor sobrellevadas,
permite, Isabel mia, que te estrechen
mis brazos una vez...

ISABEL. Deja á la esclava
cumplir con su señor.

MARSILLA. Será el abrazo
de un hermano dulcísimo á su hermana,
el ósculo será que tantas veces
cambió feliz en la materna falda
nuestro amor infantil.

ISABEL. No lo recuerdes.

MARSILLA. Ven...

ISABEL. No: jamás.

MARSILLA. En vano me rechazas.

ISABEL. Detente... ó llamo...

MARSILLA. A quién? ¡A Don Rodri!

No te figures que á tu grito salga.
No lisonjeros plácemes oyendo,
su vanidad en el estrado sacia,
no; léjos de los muros de la villa,
muerte la tierra que su sangre baña.

ISABEL. Qué horror! Le has muerto?

MARSILLA. Pérfida! te aflige

Si lo llego á pensar, quién le librara?

ISABEL. Vive?

MARSILLA. Merced á mi nobleza loca,
vive: apenas cruzamos las espadas,
furiosa en él se encarnizó la mia:
un momento despues, hundido estaba
su orgullo en tierra, en mi poder su acero.
Oh! maldita destreza de las armas!
Maldito el hombre que virtudes siembra,
que le rinden cosecha de desgracias!
No más humanidad, crímenes quiero.
A ser cruel tu crueldad me arrastra,

y en tí la he de emplear. Conmigo ahora vas á salir de aquí.

ISABEL. No, no!

MARSILLA. Se trata

de salvarte, Isabel. ¿Sabes qué dijo el cobarde que lloras desolada, al caer en la lid? Triunfante quedas; pero mi sangre costará bien cara.

ISABEL. ¿Qué dijo! Qué?

MARSILLA. Me vengaré en Don Pedro, en su esposa, en los tres: guardo las cartas.

ISABEL. Jesús!

MARSILLA. Qué cartas son?...

ISABEL. Tú me has perdido!

La desventura sigue tus pisadas. Dónde mi esposo está? Dímelo pronto, para que fiel á socorrerle vaya, y á fuerza de rogar venza sus iras!

MARSILLA. Justo Dios! Y decia que me amaba!

ISABEL. ¿Con su pasion funesta reconviene á la mujer del vengativo Azagra! Te aborrezco! (Vase.)

ESCENA VIII.

MARSILLA.

Gran Dios! Ella lo dice.

Con furor me lo dijo: no me engaña. Ya no hay amor allí. Mortal veneno su boca me arrojó, que al fondo pasa de mi seno infeliz, y una por una, rompe, rompe, me rompe las entrañas! Yo con ella, por ella, para ella viví... Sin ella, sin su amor, me falta el aire que respirar... ¡Era amor suyo el aire que mi pecho respiraba! Me le negó, me le quitó: me ahogo, no sé vivir.

VOCES. (Dentro.) Entrad, cercad la casa.

ESCENA IX.

ISABEL, trémula y precipitada. — MARSILLA.
 Huye, que viene gente; huye!
 MARSILLA. (Todo trastornado.) No puedo.
 VOCES. (Dentro.) Muera, muera!
 MARSILLA. Eso sí.
 ISABEL. Ven.
 MARSILLA. Dios, me
 (Isabel le ase la mano y se entra con él por la
 fondo.)

ESCENA X.

ADEL, huyendo de varios CABALLEROS con espadas desnudas; DO

MARGARITA, CRIADOS. — ISABEL y MARSILLA, dentro.

CABALLER. Muera, muera!

PED. y MAR.

Escuchad.

ADEL.

Aragoneses,

yo la sangre vertí de la Sultana;
 pero el Rey de Valencia, esposo suyo,
 tras ella me envió para matarla.
 Consorte criminal, amante impía,
 la muerte de Marsilla maquinaba,
 la muerte de Isabel...

ISABEL.

(Dentro.) Ay!!!

ADEL.

Ved en prueba

esta punta sutil envenenada.

(Muestra el puñal de Zulima.)

Marsilla lo que digo corroboro.

Cerca de aquí ha de estar.

(Ábrese la puerta del fondo, y sale por ella Isabel, que se arroja en brazos de Margarita. Marsilla aparece caído en un escaño.)

ESCENA XI.

ISABEL. — DICHOS.

ISABEL.

Madre del alma!

ADEL. Vedle allí...

MARGARITA. Santo Dios!

PEDRO. Inmóvil...

ISABEL. Muerto!

ADEL. Cumplió Zulima su feroz venganza.

ISABEL. No le mató la vengativa mora.

Donde estuviera yo, quién le tocara?

Mi desgraciado amor, que fué su vida...

su desgraciado amor es quien le mata.

Delirante le dije: Te aborrezco:

él creyó la sacrílega palabra,

y espiró de dolor.

MARGARITA. Por todo el cielo...

ISABEL. El cielo que en la vida nos aparta,
nos unirá en la tumba.

PEDRO. Hija!

ISABEL. Marsilla

un lugar á su lado me señala.

MARGARITA. Isabel!

PEDRO. Isabel!

ISABEL. Mi bien, perdona
mi despecho fatal. Yo te adoraba.
Tuya fuí, tuya soy: en pos del tuyo
mi enamorado espíritu se lanza.

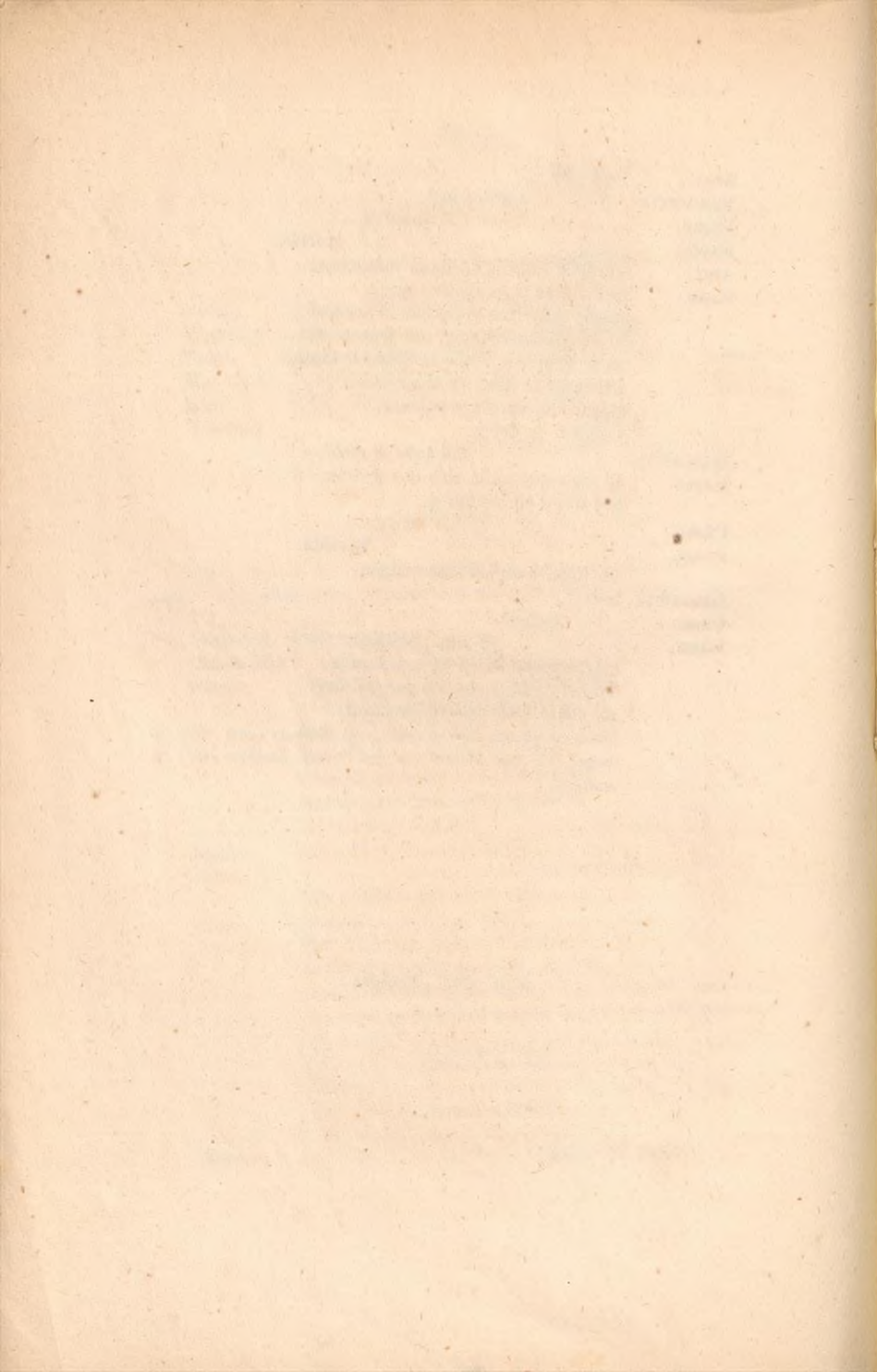
(Dirigese adonde está el cadáver de Marsilla; pero ántes de
llegar, cae sin aliento con los brazos tendidos hácia su
amante.)

FIN DEL DRAMA.

Abel. Vuello allí.
MARGARITA. Santo Dios!
Pedro. ¡Muerto!
Isabel. Cumplió Nolina su feroz venganza.
Abel. No le maló la vengativa muerte.
Isabel. Bonda estuviere yo, quien lo tocara?
MARGARITA. Mi desgraciado amor, que fué su vida.
Isabel. su desgraciado amor es quien lo mata.
MARGARITA. Delirante le dije: Te ahorré:
Isabel. él creyó la sacrilega palabra,
y espiró de dolor.
MARGARITA. Por todo el cielo.
Isabel. El cielo que en la vida nos aparta;
nos unirá en la tumba.
Pedro. ¡Hija!
Isabel. ¡Marsilla!
MARGARITA. un lugar á su lado me consolaré.
Isabel. ¡Isabel!
Pedro. Mi bien, perdoname.
Isabel. mi despecho fatal. Yo te adorna.
Tuya fui, tuya soy: en pos del tuyo
mi caminero espíritu se lanza.
(Mirase adonde está el cadáver de Marsilla; pero ántes de
llegar, con sin aliento con los brazos tendidos hacia su
amante.)

FIN DEL DRAMA.

FIN.



CATALOGO

de las obras Dramáticas y Liricas de la Galeria

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
 Amor de antaño.
 Aoelardo y Eloisa.
 Ahogarse á la orilla.
 Alarcon.
 Angela.
 Afectos de odio y amor.
 Arcanos del alma.
 Amar despues de la muerte.
 Al mejor cazador...
 Achaque quieren las cosas.
 Amor es sueño.
 A caza de cuervos.
 A caza de herencias.
 Amor, poder y pelucas.
 Amar por señas.
 Al pié de la letra.
 Bonito viaje.
 Boadicea, *drama heroico*.
 Batalla de reinas.
 Berta la flamenca.
 Bienes mal adquiridos.
 Baltasar.
 Cañizares y Guevara.
 Cosas suyas.
 Calamidades.
 Como dos gotas de agua.
 Con razon y sin razon.
 Cómo se rompen palabras.
 Conspirar con buena suerte.
 Chismes, parientes y amigos.
 Con el diablo á cuchilladas.
 Costumbres politicas.
 Contrastes.
 Catilina.
 Carlos IX y los Hugonotes.
 Dos sobrinos contra un tio.
 De audaces es la fortuna.
 Dos hijos sin padre.
 D. Primo Segundo y Quinto.
 Don Sancho el Bravo.
 Don Bernardo de Cabrera.
 Dos artistas.
 El amor y la moda.
 ¡Está loca!
 En mangas de camisa.
 El que no cae... resbala.
 El Niño perdido.
 El Hipócrita.

El querer y el rascar....
 El hombre negro.
 El fin de la novela.
 El filántropo.
 El hijo de tres padres.
 Esperanza.
 El anillo del Rey.
 El caballero feudal.
 ¡Es un ángel!
 Espinas de una flor.
 El 5 de agosto.
 El escondido y la tapada.
 El Licenciado Vidriera.
 ¡En crisis!!!
 El Justicia de Aragon.
 El Caballero del milagro.
 El Monarca y el Judío.
 El rico y el pobre.
 El beso de Judas.
 Echarse en brazos de Dios.
 El alma del Rey Garcia.
 El atan de tener novio.
 El juicio público.
 El sitio de Sebastopol.
 El todo por el todo.
 El gitano, ó el hijo de las Alpu-
 jaras.
 El que las da las toma.
 El camino de presidio.
 El honor y el dinero.
 El hijo pródigo.
 El payaso.
 El amor y el interés.
 Este cuarto se alquila.
 El Patriarca del Turia.
 El rey del mundo.
 Esposa y mártir.
 El pan de cada día.
 El mestizo.
 El diablo de Amberes.
 El ciego.
 Furor parlamentario.
 Faltas juveniles.
 Flor de un día.
 Flor marchita.
 Grazelema.
 Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el
 ahijado de todo el mundo.
 Historia china.
 Hacer cuenta sin la huésped.
 Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
 Indicios vehementes.
 Isabel de Médicis.

Jaime el Barbudo.
 Juan sin Tierra.
 Juan sin Pena.
 Jorge el artesano.
 Juan Diente.
 Julieta y Romeo.

Los Amantes de Chinchon.
 Lo mejor de los dados...
 Los dos sargentos españoles ó
 la linda vivandera.
 Los dos inseparables.
 La pesadilla de un casero.
 La hija del rey René.
 Los extremos.
 Los dedos huéspuedes.
 Los éxtasis.
 La posdata de una carta.
 Llueven hijos.
 La mosquita muerta.
 La hidrofofia.
 La choza del almadreño.
 Los patriotas.
 Los Amantes de Teruel.
 La verdad en el Espejo.
 La Banda de la Condesa.
 La Esposa de Sancho el Bravo.
 La boda de Quevedo.
 La Creacion y el Diluvio.
 La Gloria del arte.
 La Gitanilla de Madrid.
 La Madre de San Fernando.
 Las Flores de Don Juan.
 Las Apariencias.
 Las Guerras civiles.
 Lecciones de Amor.
 Las dos Reinas.
 La libertad de Florencia.
 La Archiduquesita.
 Las Prohibiciones.
 La escuela de los amigos.
 La escuela de los perdidos.
 La bondad sin la experiencia.
 La escala del poder.
 Las cuatro estaciones.
 La vida de Juan Soldado.
 Las querillas del Rey Sabio.
 La oracion de la tarde.

La llave de oro.
 La Providencia
 Los tres Banqueros
 Las huérfanas de la Caridad.
 La cruz en la sepultura.
 La niña Iris.
 La dicha en el bien ajeno.
 Los tres amores.
 La mujer del pueblo.
 Las bodas de Camacho.
 La Cruz del misterio.
 La pluma y la espada.
 La Vaquera de la Finojosa.
 La flor del valle.
 Los pobres de Madrid.
 Libertinaje y pasión.
 Libertad en la cadena.
 La planta exótica.
 La paloma y los halcones.
 Las mujeres.
 La gratitud y el amor.
 Las querellas del Rey Sabio.
 Mi mamá.
 Mal de ojo.
 Mariana Labarlú.
 Mucho ruido y pocas nueces.
 Martín Zurbano.
 Mocedades.
 Marta y María.
 Negro y Blanco.
 Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
 Nobleza contra nobleza.
 No es oro todo lo que reluce.

Olimpia
 Paco y Manuela.
 Pescar á rio revuelto.
 Por ella y por él.
 Por una hija!...
 Propósito de enmienda.
 Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
 Por la puerta del jardín.
 Poderoso caballero es D. Dinero.
 Por la boca muere el pez.
 Quien mucho abarca.
 ¡Qué suerte la mía!
 Quién vive!!
 Rival y amigo.
 Su imagen
 Similia similibus curantur, ó un clavo saca otro clavo.
 San Isidro (*Patron de Madrid.*)
 Sueños de amor y ambición.
 Sin prueba plena.
 Tales padres, tales hijos
 Traidor, infanoso y mártir.
 Trabajar por cuenta ajena.
 Todos unos.
 Un amor á la moda.
 Una conjuración femenina.
 Un domine como hay pocos.
 Un pollito en calzas prietas.
 Un huésped del otro mundo.

Una venganza leal.
 Una coincidencia alfabética.
 Una noche en blanco.
 Un par de guantes.
 Una ráfaga.
 Uno de tantos.
 Una noche en Trifueque.
 Un marido en suerte.
 Una lección reservada.
 Una herencia completa.
 Un hombre fino.
 Una poetisa y su marido.
 Un día de prueba.
 Una renta vitalicia.
 Una llave y un sombrero.
 Una mentira inocente
 Una mujer misteriosa.
 Una lección de corte.
 Una falta.
 Un paje y un caballero.
 Una broma de Quevedo.
 Un sí y un no.
 Una Virgen de Murillo.
 Una aventura de Tirso.
 Una lagrima y un beso.
 Una lección de mundo.
 Una mujer de historia.

Ver y no ver.
 Verdades amargas.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
 Armas de buena ley.
 Aíde.
 Azón Visconti.
 Buenas noches, vecino.
 Beltrán el aventurero.
 Clavevina la Gitana.
 Cupido y Marte.
 Citas, enredos y bromas, ó el carnaval de Madrid.
 Cosas de D. Juan.
 Cuando ahorcaron á Quevedo.
 Don Crisanto, ó el Alcalde proveedor.
 El doctriño.
 El ensayo de una ópera.
 El Grumete.
 El calesero y la maja.
 El Vizconde.
 El perro del hortelano.
 El secuestro de un difunto.
 El lancero.

El delirio (drama lírico).
 El dominó azul.
 El mundo á escape.
 El novio pasado por agua.
 El diablo en el poder.
 El esclavo.
 El relámpago.
 El Vizconde de Letorieres.
 Guerra á muerte.
 Giralda.
 Juan Lanas.
 La litera del Oidor.
 La noche de ánimas.
 La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
 Las bodas de Juanita. (*La música.*)
 Los dos Flamantes.
 La vergonzosa en palacio
 La Jaina del Rey.
 La Colegiala.
 La espada de Bernardo.
 La cacería real.

La huérfana.
 La Jardinera.
 La hija de la Providencia.
 La Roca negra.
 Los jardines del Buen Retiro.
 Loco de amor y en la corte.
 Los diamantes de la Corona.

Mateo y Matea.
 Mentir á tiempo.
 Marina.

Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
 Por conquista.

Simón y Judas.

Tres madres para una hija.
 Tres para una.

Un sobrino.
 Un día de reinado.
 Un pleito.
 Un cocinero.

La Dirección de EL TEATRO se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, cuarto segundo de la izquierda.